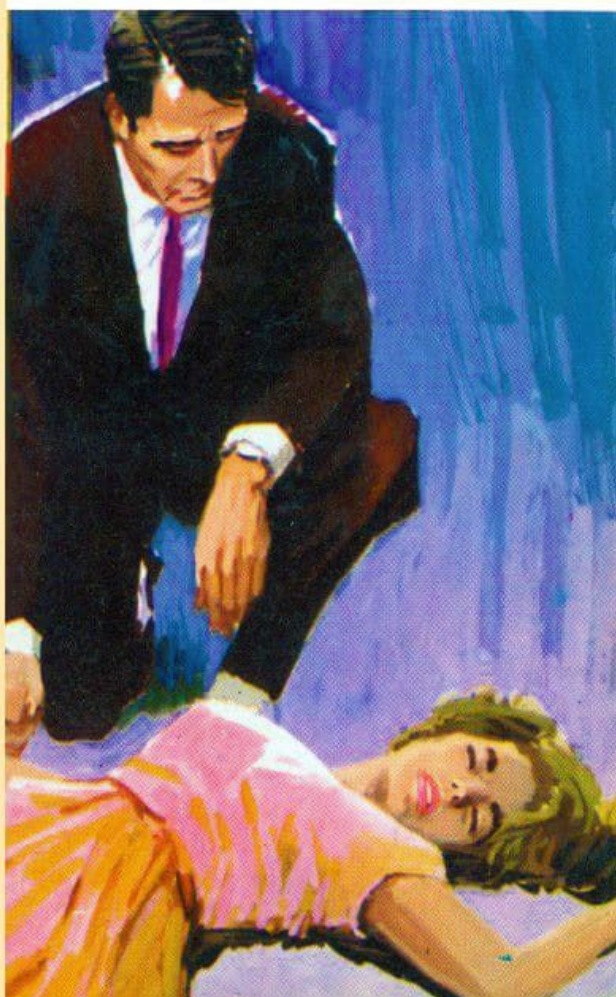




CONTRABANDO HUMANO

ALF REGALDIE



Brian Kennedy se disponía a salir.

Se podía decir que no estaba en uno de sus mejores momentos y necesitaba airearse, charlar con alguien.

Y había decidido ir a encontrarse con Amy Keller, una rubia despampanante que le servía de modelo frecuentemente.

El traje de Brian estaba más bien raído a pesar de lo mucho que lo cuidaba; pero el joven ilustrador era de los convencidos que lo importante era el hombre, no su envoltura.

No quería ser indiscreto y se disponía a telefonear a Amy, cuando repiqueteó el avisador telefónico.

Detuvo la mano en el aire, pensando en no responder.



Alf Regaldie

Contrabando humano

Bolsilibros - Servicio Secreto - 904

ePub r1.1

Lds 24.12.17

Título original: *Contrabando humano*

Alf Regaldie, 1967

Cubierta: Desilo

Ilustración interior: Peña

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



JANET HAYES



BRIAN KENNEDY



CAPÍTULO PRIMERO

Brian Kennedy se disponía a salir.

Se podía decir que no estaba en uno de sus mejores momentos y necesitaba airearse, charlar con alguien.

Y había decidido ir a encontrarse con Amy Keller, una rubia despampanante que le servía de modelo frecuentemente.

El traje de Brian estaba más bien raído a pesar de lo mucho que lo cuidaba; pero el joven ilustrador era de los convencidos que lo importante era el hombre, no su envoltura.

No quería ser indiscreto y se disponía a telefonar a Amy, cuando repiqueteó el avisador telefónico.

Detuvo la mano en el aire, pensando en no responder.

Al fin, ante la insistencia de la persona que llamaba, tomó el tubo del micro en la diestra.

—¿Sí? —preguntó.

—¡Brian...! —exclamó en tono angustiado el que había llamado.

—El mismo. ¿Qué sucede? —preguntó Kennedy, creyendo reconocer la voz.

—¡Soy Mark...! ¿Puedo ir ahí? Necesito...

—Ven.

—Gracias...

Era Mark Wolf.

Habían estudiado juntos desde los doce años, incluso las disciplinas artísticas.

Pero Mark, menos seguro de sí como artista, se había hecho detective privado hasta tanto lograra acreditarse como ilustrador.

Wolf cortó inmediatamente la comunicación.

Y Brian pensó que su amigo, del cual hacía algún tiempo que no sabía nada, estaba en peligro.

Le tendería su mano, lucharía por él, si era necesario.

Siempre había sido el más fuerte y más hábil de los dos, aun cuando Mark era de los duros, y un buen luchador también.

Era Mark además hombre de razonamientos sólidos; y eso y la solidez de sus puños le habían llevado a la peligrosa profesión que ejercía de momento.

Brian pensó que Mark no se había atrevido a ir a su apartamento.

¿Por qué?

Era cosa de averiguarlo.

No le fue difícil encontrar el número de teléfono, y llamó.

No respondieron y tras interrumpir la llamada, volvió a marcar.

Fue entonces cuando le respondieron.

El individuo, pues se trataba de un hombre, tenía la voz nasal y silbaba las eses.

—¿Sí? —preguntaron.

No era la voz de Douglas Philips, el asociado de Mark al cual conocía bien Brian.

Dijo Kennedy:

—Por favor, ¿es el apartamento del señor Wolf, detective privado?

—Sí, señor —respondieron tras breve vacilación.

—Me han dicho que es un buen detective...

—Así es... ¿Qué se le ofrece?

—Quisiera hablar con él...

—Soy yo Mark Wolf —respondieron.

—Usted es un farsante —respondió Brian con rudeza—. Usted y los pandilleros que están ahí con usted, se van a largar inmediatamente. Y tome nota de que si a Mark le sucede algo, los machacaré a todos ustedes.

La comunicación fue cortada de manera brusca y Brian colgó a su vez el tubo del micro-auricular.

—No me había equivocado, está en peligro.

Fue hasta la puerta de su estudio y la abrió con cuidado, asomando luego la cabeza.

No se oía nada.

La escalera estaba bastante bien iluminada, no era propicia a las sorpresas.

Encendió un cigarrillo y comenzó a pasear, aunque prestando atención a cualquier ruido que pudiese llegarle del exterior.

Al cabo de un rato, no muy prolongado, oyó el zumbido del motor del ascensor.

Presintió que en él llegaba Mark y se dirigió a la puerta, la cual abrió.

Sin embargo, el ascensor pasó de largo en dirección a los pisos superiores.

Se detuvo en el siguiente.

Brian volvió a cerrar la puerta, aguardando cerca de ella.

Al fin oyó ruido de gente que se movía deprisa, dando la impresión de que había lucha.

Se apresuró a abrir de nuevo y llegó a asomar, en el momento en que un fulano golpeaba a Mark Wolf, haciéndolo trastabillar.

Otro, sin que Brian pudiese evitarlo, apuñaló a Mark allí mismo, a su vista.

Saltó Brian de manera decidida, atacando con brío.

Le salió al paso el que tenía más cerca de los dos pandilleros haciendo un movimiento para desenfundar la pistola.

Brian no le dio tiempo a ello, atacándolo con un puñetazo que lo hizo resbalar hacia atrás, haciéndolo caer de manera aparatosa.

El hombre, al caer, dejó escapar el arma; y su cabeza rebotó en el suelo de manera estrepitosa.

El que había apuñalado a Mark atacó furioso a Brian intentando apuñalarlo también.

Esquivó ágilmente Kennedy que, buen «judoca», dirigió al otro un golpe al cuello, golpe que le aplicó con el filo de la mano.

Giró el hombre sin soltar el cuchillo.

Medio aturdido como estaba actuó instintivamente intentando una vez más acuchillar a Brian.

Nuevo movimiento de esquiva de éste, quien aferró al pandillero por la muñeca.

Le aplicó una llave de lucha. Fue algo rápido, fulgurante; y el hombre después de ser alzado por el aire se vio obligado a dar una voltereta en el mismo.

Terminó la voltereta al ser estrellado por Brian contra el suelo.

Se oyó un ruido desagradable, de huesos quebrados, y el hombre dejó escapar el arma, quedando inmóvil en el suelo, muerto.

El otro se reponía ya del aturdimiento que le había producido el doble golpe del puñetazo y la caída, y se lanzaba a recoger su pistola.

Brian se lanzó contra él, golpeándole con un pie en la mano cuando ya había logrado empuñar el arma.

Ésta salió disparada con violencia.

El pandillero, al verse desarmado se aferró con ambas manos a las piernas de Brian, a la altura de los tobillos, y tiró.

El violento Kennedy, en lugar de resistirse, se dejó caer hábilmente paliando la violencia de la caída con ambas manos, y apenas en el suelo, golpeó con ambos pies en movimiento de tijera.

Los libró así de la presa y se puso en pie rápidamente.

Se volvió a lanzar el pandillero al ataque saltando como lo hubiese podido hacer un felino y Brian lo aguantó firme, cazándole con un golpe a la contra, aplicado con uno de sus pies, mientras se afianzaba bien con el otro.

Respondió el pandillero con un gemido, se oyó un crujido de huesos y el hombre cayó al suelo con movimiento blando, desarticulado, dando a Brian la sensación de que estaba muerto.

Se aseguró el joven rápidamente de ello y pasó a atender a Mark, el cual realizaba un esfuerzo por levantarse.

Brian logró ver su cara de angustia cuando dijo:

—Estoy listo, Brian... Alguien me ha traicionado...

—No hables ahora...

—Es inútil... El boleto, cosido con el forro... Y esa chica...

No dijo más. Había realizado un esfuerzo considerable para mantenerse mientras Brian luchaba.

Y cayó muerto.

No vaciló Brian, quien se apresuró a revisar la americana de Mark.

Palpó en un lugar casi inverosímil y no tuvo más que quitar un par de puntos para poder sacarlo.

Lo hizo hábilmente y no consideró necesario recoserlo. Aunque la policía se diese cuenta, podía pensar que había sido un accidente de la lucha.

Y si pensaba otra cosa, allá ella; porque tampoco tenía ocasión Brian de recoser las dos puntadas que había soltado.

Se aseguró de que no podía hacer nada por Mark.

El corazón había cesado de latir, la pérdida de sangre era mucha, no se podía apreciar síntoma alguno de vida en él.

A pesar de todo llamó a un equipo de urgencia.

E inmediatamente se puso en contacto con la policía.

—Se ha cometido un crimen en mis narices. He matado a los dos pandilleros que lo han cometido... No es necesario que me digan que me quede y que no toque nada. Pero dense prisa.

Dio la dirección, dio su nombre y se dispuso a aguardar.

Había echado un vistazo al papel que había sacado del forro de la americana de Mark. Era el recibo de una consigna en donde su amigo había debido depositar algo de importancia.

—Tal vez lo que buscaban estos indeseables... Pero si lo buscaban, ¿por qué matarlo?

Era la primera pregunta que se planteaba, pregunta que no tenía una fácil respuesta.

Porque si los pandilleros querían apoderarse de lo que Mark había escondido, debieron haber pensado en capturarlo vivo para obligarle a declarar el escondite.

Sin embargo, lo habían matado. ¿Por qué?

Quedaba la interrogante flotando en el espacio, en espera de la respuesta adecuada.

Se había luchado duro, se había hecho bastante ruido y sin embargo, no había asomado nadie.

—La gente no quiere complicaciones en sus vidas.

Brian había cenado frugalmente. No por capricho ni por falta de apetito, sino porque si daba entera satisfacción a su estómago corría el riesgo de no poder llevar nada a él en los días sucesivos.

Tras la frugal cena, había estado luchando por plasmar sobre el papel la angustiada expresión de un hombre en el momento de ser asesinado.

Ya la tenía. Le había quedado grabada en la mente y tardaría en borrarsele. La de él y la de los dos pandilleros que yacían entonces cerca de su víctima.

Brian Kennedy era de los que luchaban denodadamente por abrirse paso en la vida.

Era un buen dibujante, un magnífico ilustrador, con ideas propias. Y había llegado al convencimiento de que, por el momento, tener ideas propias resultaba perjudicial.

Iba llegando a tener la seguridad de que su triunfo se podría dar, sin embargo, con relativa prontitud, si admitía las trilladas ideas de los demás.

Luego, cuando estuviera en la cúspide o cerca de ella, cuando su nombre fuese conocido, sería el momento de imponer las ideas propias.

Mientras guardaba, se puso a trabajar febrilmente y logró trasladar al papel la expresión que viera a Mark en el momento de ser apuñalado.

Fue capaz de abocetar también los rostros de los dos pandilleros, sus salvajes expresiones...

Fue interrumpido por la llegada del equipo de urgencia.

El médico que iba al frente de él dictaminó inmediatamente la muerte de Mark.

—No se habría salvado ni aun cuando hubiésemos estado aquí en el momento que se produjo el hecho.

Casi inmediatamente después que el servicio sanitario de urgencia, llegó la policía, la cual había sido avisada tanto por Brian como por los del servicio de urgencia.

Al frente del grupo policial iba un teniente, de paisano, que se dirigió a Brian para preguntarle:

—¿Es usted quien ha llamado?

—Sí.

—¿Quién es usted?

Kennedy se identificó y a una nueva pregunta hizo un somero relato de lo sucedido desde el momento en que se disponía a salir y recibió la llamada de Mark.

—Si me hubiese dicho, si hubiese sabido que el riesgo era tan grande, esas inmundas ratas no habrían terminado con él.

—O hubiesen terminado con los dos —dijo el teniente.

—Piense usted lo que quiera. Pero le aseguro que conmigo no habrían podido; y él se hubiese salvado.

Tras un breve lapso de silencio, dijo Brian:

—No termino de comprender cómo un hombre audaz y buen luchador pudo ser vencido cuando él sabía que le perseguían.

—Tal vez ignoraba que los tenía tan cerca y que estaban dispuestos a matarle —objetó el teniente.

—Cabe en lo posible.

Al hacer su relato, Brian no había omitido más que lo referido al resguardo de la consigna que respondía a algo depositado en ella por el detective privado asesinado.

Sin embargo no omitió las palabras de Mark referente a que había sido traicionado, ni lo que se refería a «esa chica».

—¿Qué chica? —preguntó el policía.

—Lo ignoro, teniente.

—¿Ignora también quién puede haberlo traicionado?

—También lo ignoro...

—¿Conocía usted a las amistades femeninas de Mark Wolf?

—Conocía algunas. Desde que él había abierto su oficina como detective privado, nos veíamos poco. A veces venía a verme... Él ha ido siempre con chicas, tiene bastantes amistades femeninas... Y he pensado que esa chica puede ser una cliente.

—¿Dibuja usted? —preguntó el oficial de policía.

—Soy ilustrador. Mark y yo estudiamos juntos. El hacía algo en los ratos libres y por eso nos veíamos más de una vez.

—¿Está haciendo eso...? —preguntó el policía echando un vistazo al boceto último.

—Lo he estado abocetando después de lo sucedido. Es el gesto de Mark cuando lo apuñalaban. Me ha quedado como grabado a fuego...

—Buena retentiva. ¿Esos dos rostros...?

—Son ellos, sus gestos. Aún podrían comprobarlo...

—Creo que es usted extraordinario.

—Gracias...

—¿Esos otros trabajos sin terminar...? ¿Tienen alguna relación...?

—Había estado intentando lograr lo que luego vi... Para una portada. Fracase... Ha tenido que suceder lo de Mark, ser testigo de ello para poder resolverlo...

El oficial estuvo mirando el boceto. Y dijo luego.

—Eso es interesante. Si se parecen a ellos, sugiero que no lo toque, no sea que al darle color se le vaya el parecido. Usted puede hacer una copia...

—En realidad eso es solamente un boceto... Lo dejaré como está.

—Gracias.

El policía pasó a escuchar luego el informe de los técnicos y el

del médico.

Seguidamente hizo sus observaciones personales.

Y finalmente volvió a reunirse con Brian.

—¿Por qué se le ocurrió telefonar al apartamento de Wolf?

—Quería asustarlos en el caso de que estuviesen allí. Creo que lo conseguí...

—Tal vez si no los hubiese avisado, ahora habríamos podido sorprenderlos nosotros...

—¿Se le hubiese ocurrido ir, teniente?

—Seguro. Lo hacemos siempre.

—Pero no habrían ido preparados para encontrar allí a nadie y ellos hubiesen huido antes...

—Es cierto —reconoció el policía.

Se entretuvieron poco tiempo ya. El teniente, que se llamaba Bates, dijo a Brian:

—Si tuviese conocimiento de algo que nos pudiese ayudar, le agradeceré que me llame por teléfono o se moleste en visitarme.

Le dio el nombre y le señaló las horas en que podría encontrarlo.

Se habían llevado ya los cadáveres y momentos después se retiraba lo que quedaba del equipo policial.

Brian trabajó aún media hora. Y salió.

Era buena hora para encontrar a Amy Keller, la estupenda modelo rubia.

CAPÍTULO II

Le faltaba poco para llegar al edificio de modesta traza en donde Amy Keller tenía su apartamento en Green Village, cuando oyó un grito de angustia que resultó escalofriante.

Brian corrió como si le hubiese dado impulso una corriente eléctrica. Le había parecido reconocer la voz de Amy.

Entró en el edificio, cuya escalera estaba bastante bien alumbrada, y corrió, salvando los escalones de dos en dos hasta llegar al cuarto piso.

No fue el primero en llegar.

Los componentes de un matrimonio cuya edad podía estar entre los cuarenta y cinco y los cincuenta por un lado, y un hombre de unos sesenta años con su hija, de unos treinta, por otro lado, se habían acercado a la puerta del apartamento de Amy.

—¡Amy! ¡Amy, por favor, abra si puede! —pidió la hija del sesentón.

Golpearon a la puerta, llamando con fuerza.

Brian fue el último en llegar y dijo:

—Temo que no pueda abrir... He oído el grito.

—¿Quién es usted? —preguntó el sesentón.

—La señorita Keller posaba para mí algunas veces.

La chica se apresuró a decir entonces:

—¿El señor Kennedy? ¿El ilustrador?

—El mismo. Brian Kennedy, para servirles.

Golpeó así mismo y preguntó, volviendo a su sentido práctico:

—¿El edificio no tiene un conserje? ¿No tendrá una llave?

—¡Ahora que pienso! Tengo yo una. Me la deja para cuando viene la mujer que limpia... —dijo la señora cuarentona.

Corrió rápidamente a su apartamento, inmediato al de la rubia,

y volvió con la llave. —¿Cree que debemos entrar?— preguntó asustada.

—Es nuestra obligación entrar y prestarle auxilio, si llegamos a tiempo. Si no, debemos avisar a la policía...

No se había detenido Brian un momento, sino que había tomado la llave de manos de la señora, abriendo inmediatamente.

—Será mejor que las mujeres queden afuera por el momento —dijo.

Hizo seña a los hombres para que le acompañasen.

El departamento era pequeño. Y los tres hombres no tardaron en encontrar el cuerpo de la rubia.

Estaba tendida en el suelo y se podía apreciar inmediatamente que estaba muerta.

—Ha sido estrangulada con una media... ¡Inmundas ratas! —exclamó Brian.

Se podía apreciar que la rubia estaba terminando de vestirse para salir, cuando fue sorprendida.

Brian se inclinó sobre ella para poner un poco de orden en sus ropas.

La chica llevaba aún la media liada al cuello.

—Como en el caso de Mark, he llegado un poco tarde...

—¿Qué quiere decir? —preguntó el sesentón.

—Hace una hora aproximadamente asesinaron a un amigo, casi en mis narices. No pude hacer nada por él, aunque terminé con las dos ratas que lo asesinaron —respondió sencillamente.

Quedó el sesentón junto al cuerpo de la espléndida rubia mientras el otro hombre y Brian, a una indicación de éste, se dirigieron hasta la salida a la escalera de emergencia.

Había quedado abierta una ventana, por la que se producía una leve corriente de aire al ser abierta la puerta del apartamento.

—Es casi seguro que han huido por aquí.

Se retiraron para reunirse con el sesentón.

El joven preguntó:

—¿Algunos de ustedes tiene teléfono? Preferiría no tocar el de aquí por si hubiese en él alguna huella que pudiese ofrecer interés a los investigadores.

—Puede usar el mío —ofreció el sesentón—. Que le acompañe mi hija.

—Gracias. No sucederá nada, pero conviene que no se muevan de aquí —pidió Brian a los dos hombres.

Cuando Brian salló del apartamento las dos mujeres le miraron con expresión que reflejaba ansiedad y miedo.

—Muerta. Voy a telefonar a la policía desde su casa. ¿Me acompañan?

Una vez en el apartamento del sesentón, discó el número de teléfono que le había dado el teniente Bates.

Le respondió Dan Welles, el sargento que le acompañaba anteriormente.

—Soy Brian Kennedy, sargento. Quisiera hablar con el teniente Bates. Tenemos un crimen más.

Welles no hizo comentario alguno. Se limitó a decir:

—Se pone el teniente.

En contacto verbal, tras un breve saludo, informó:

—Han asesinado a una chica. Me servía de modelo ocasiones...

—¿Puede ser la chica de la cual habló Wolf...?

—Lo ignoro, teniente.

—¿El la conocía?

—Sí. La había visto en mi estudio... Creo que en alguna ocasión le sirvió también de modelo a él.

—¿Sabe si tenían alguna relación al margen de la artística y la simple amistad?

—Lo ignoro. Por mi parte, cuando él me llamó me disponía a salir para venir en busca de ella. Luego que ustedes se marcharon estuve trabajando media hora en el boceto que usted vio, para dejarlo totalmente claro.

—No lo habrá estropeado...

—Lo he mejorado. Podrían fotografiarlo. Prometiéndome una cosa.

—Usted dirá...

—Debe ser usado por ustedes en plan estrictamente profesional. No debe ser facilitada copia alguna a la Prensa. Si por necesidades de ustedes se hubiesen de publicar fotografías, que sea por separado, de cada cabeza...

—Entendido. Y prometido, Kennedy.

—Opino que deben venir rápidamente. Les aguardo.

—¿Cómo se le ocurrió ir?

—Comprenderá mi estado de ánimo después de lo de Mark. Necesitaba oír una voz amiga. Era buena hora para venir...

—Correcto, Kennedy. Vamos enseguida. Sé bien que no hay que hacerle ninguna recomendación.

—Ni siquiera he querido tocar el teléfono de ella. Estoy telefoneando desde un apartamento vecino.

—Muy prudente... Hasta ahora mismo.

Cuando llegó Bates, con el mismo equipo técnico que había actuado en la muerte de Wolf, fue Brian el encargado de hacer las presentaciones de los vecinos que le habían ayudado.

—¿Antes del grito, oyeron ustedes algo anormal, algo que les hiciera sospechar?

—No, señor... —respondieron padre e hija.

—Los componentes del matrimonio vecino respondieron de forma semejante.

—¿Solía recibir visitas la señorita Keller?

—A veces, alguna chica. De hombres no recibía, aunque ella salía con jóvenes según me ha referido en alguna ocasión —manifestó la vecina soltera.

—¿Cuál era su comportamiento?

—Era una chica discreta y cariñosa. Sus costumbres parecían buenas —declaró la señora casada.

El teniente Bates dirigió la mirada a la vecina soltera, la cual dijo:

—Hace algún tiempo que ella parecía contrariada por algo. Se lamentaba de que trabajaba mucho, ganaba bastante y no podía ahorrar... Sin embargo, no era mal gastadora.

A Kennedy le hizo pocas preguntas; y le informó:

—Hemos comprobado que efectivamente, usted estuvo trabajando en su apartamento cosa de media hora después de salir nosotros...

—¿Así pues, yo entraba entre los sospechosos? —preguntó Brian.

—Para nosotros todos pueden ser sospechosos. Y por las declaraciones de los señores —prosiguió Bates, aludiendo a los vecinos—. Está claro también que no tuvo usted tiempo de matarla, descender por la escalera de emergencia y llegar por aquí para establecer una coartada.

—Gracias, teniente. Es un consuelo saber que no es uno un asesino.

Brian, terminadas las diligencias, sin humor para más, se retiró a su apartamento.

Sabía que podía entrar en él tranquilamente puesto que estaba bajo vigilancia de la policía.

Le costó trabajo dormir pensando en quién podría ser el traidor de quien había hablado Mark.

Logró dormir al fin para despertarse cuando despuntaba el día.

Había soñado hasta estar al borde de la pesadilla.

Y en sus sueños había un individuo turbio al cual fue capaz de reconocer precisamente cuando despertaba.

Se llamaba Douglas Phillips y estaba asociado a Mark, aunque cada uno de ellos tenía sus propios clientes y sus oficinas separadas.

—¡Doug Phillips! ¿Cómo no pensé antes en él?

¿Podía ser Phillips quien había traicionado a Mark?

Mark no lo había mencionado. O ignoraba quién había sido el traidor, o éste no había sido Doug. De lo contrario, lo hubiese nombrado.

¿Y la chica? ¿Podía ser Amy la chica?

Pensó en llamar a Doug en aquel momento. Era casi seguro que lo encontraría en su apartamento, en el cual tenía instalada también su pequeña oficina.

Cuando ya tenía la mano sobre el aparato telefónico, desistió de llamar.

—No. Es preferible sorprenderlo.

A Brian no le había gustado jamás Doug, y se lo había dicho a Mark en más de una ocasión.

Era Doug Phillips algo mayor en edad que Mark y Brian.

Tenía personalidad a pesar de su escasa corpulencia. Un metro sesenta y dos centímetros, y no llegaba a sesenta kilos de peso, ropa incluida.

Era rubio, estaba totalmente calvo; y cubierto con su casi inseparable flexible, parecía más joven de lo que era realmente.

Bullidor y ágil habría sido un temible luchador de haber tenido más peso.

De todas maneras, con sus casi sesenta kilos, había que tomarlo en serio, no se le podía menospreciar.

Cuando Brian llamó a la puerta de Phillips, faltaban diez minutos para las ocho de la mañana.

Tuvo que llamar repetidas veces para oír finalmente la voz de Phillips que le decía irritado:

—¡Pase lo que sea por debajo de la puerta!

—¡Lo siento, pero estoy un poco desarrollado y me resultaría imposible lograrlo! —respondió Brian.

—¡Pues vuelva más tarde! ¡Y si no vuelve a fastidiar, mejor!

—Está sobrado de pasta, ¿eh, Doug Phillips? Abra inmediatamente. Soy Brian Kennedy...

Phillips había mostrado siempre admiración por Kennedy. Por el Kennedy artista y más aún por el luchador, por el hombre de gran fuerza física.

Reconoció el menudo detective privado la voz de Brian antes de que éste dijese su nombre.

Y se mantuvo silencioso, dando la impresión al visitante de que estaba sorprendido. —Tal vez asustado...— se dijo.

Ante el obstinado silencio de Phillips, dijo Kennedy:

—¿Es que se ha quedado mudo, Phillips? ¿O sordo?

—¡Diablos! No esperaba su visita...

—¿Y a qué aguarda ahora?

—No estoy en plan de poder recibir. Ni esto se encuentra tampoco en condiciones.

—¿Desde cuándo tiene esos remilgos, Phillips?

—¿Por qué no viene dentro de una hora?

—Porque quiero verle en este momento. Necesito verle... —dijo subrayando su exigencia.

—Aguarde un minuto... Aunque preferiría...

—No me importan sus preferencias, Phillips. Y que el minuto sea de sesenta segundos. Ni uno más.

—Se ha levantado usted imposible...

—Me acosté imposible ya... Pero por diferente causa que usted.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó el menudo detective engallándose.

—Que abra o derribaré la puerta. Si quiere evitarlo puede llamar a la policía.

—Está bien... —dijo Phillips con aparente resignación.

Brian oyó el ruido que hacía el otro para abrir sin tomarse ya

ningún minuto.

Cuando abrió Philips, mantenía una pistola en su mano derecha. Y apuntaba con ella a su visitante.

Había en su rostro un gesto de travesura que resultaba poco tranquilizador.

CAPÍTULO III

Phillips no había calculado con la capacidad de reacción y la audacia de Brian, quien actuó rápido y sin contemplaciones.

Un rápido movimiento lo sacó de la línea de tiro de la pistola y con el mismo movimiento asestó un seco golpe al detective privado.

Sintió éste un agudo dolor y que la pistola le volaba de las manos.

Quiso salir del radio de acción del visitante, pero éste le asestó una bofetada que lo lanzó de espaldas.

Tuvo la desgracia de tropezar en un mueble, cayó en él y lo volcó hacia atrás, dando la voltereta con el mismo.

El detective quedó a cuatro patas, con el mueble encima, como una tortuga lleva su caparazón.

Phillips no había llegado a perder el conocimiento, pero sentía que la cabeza le zumbaba y miró a Brian con expresión que reflejaba aturdimiento y sorpresa.

Se oyó una risa femenina escandalosa, hiriente para Phillips.

Brian, que había visto moverse una cortina, miró hacia el lugar.

En ropa de cama, con el pelo revuelto, cubriéndose a medias con la cortina, se había dejado ver una rubia bastante alta, sobre todo si se comparaba con Phillips, delgada, aunque bastante bien de formas y proporciones, según se podía apreciar a primera vista.

La rubia dijo:

—¡Es lo más divertido que he visto en mi vida! ¡Pareces una tortuga que no puede con su concha, Doug!

—¡Desaparece! —gritó agresivamente el humillado detective, reaccionando rápidamente ante la burla—. Y dúchate, a ver si se te pasa de una vez, sucia beoda...

Se quitó de encima el sillón y se sentó en el suelo.

—Me está bien, por dar confianzas a quien no lo merece...

—¿Qué te parece? —preguntó la rubia a Brian—. Está bien que adopte una la minifalda. Pero estas cosas suceden por aceptar un repulsivo mini hombre como ése.

Escupió despectivamente en dirección a él, que se puso en pie de un salto.

Y habría atacado a la rubia de no haber estado presente Brian.

—¡Aquí, Phillips! Ya arreglarán sus cosas cuando me haya marchado.

Seguidamente se dirigió a la rubia.

—Hágale caso. Dúchese y tome café. Creo que no le irá mal...

—¡Anda! Ahora nos salió un puritano de esos... ¡Qué asco de hombres!

Hizo un ademán despectivo y desapareció cimbreando el cuerpo escandalosamente sin que Brian le prestara atención.

Phillips la vio alejarse con expresión lujuriosa. Y comentó:

—¡Es un monumento, sí señor! Pero tan bestia como monumental...

—Siéntate. Y procura poner orden en tus ideas.

—¿Qué quiere a estas horas?

—Son horas de trabajo. Casi las ocho. Pero parece que estás en fondos. ¿Algún trabajo con Mark?

—No necesito a Mark para ganar dinero —respondió desdeñosamente el mini detective.

—Estás muy fuerte... ¿En qué trabajáis ahora? —preguntó Brian.

—Ignoro en qué trabaja.

—¿Y tú?

—Secreto profesional.

—Dime inmediatamente en qué está trabajando Mark. Necesito localizarlo...

Había advertido Brian en Doug algo que no le había gustado. Y tenía el convencimiento de que sabía perfectamente en qué asunto había encontrado Mark la muerte.

—En cualquier tontería. Lo siento porque es su amigo, pero ese chico no tiene clase —dijo despectivamente Phillips.

—¿De dónde has sacado dinero? Porque la juerga ha sido de órdago —añadió señalando las botellas que habían sido vaciadas por los dos.

—Tengo casos buenos. No soy desconocido.

—Ya sé que no eres un desconocido. Y se te conoce más como sinvergüenza que como detective —respondió Brian.

—No tiene ningún derecho a insultarme. Lárguese de mi casa inmediatamente.

En aquel momento salía la rubia cimbreada, que se había puesto un traje cuyas faldas no llegaban a cubrirle medio muslo.

No se había preocupado en asearse, pero iba vestida lo suficiente para que la dejaran circular por la calle.

Brian silbó con expresión admirativa y dijo:

—Perdona, rubia. Creo que antes no me fijé en ti como es debido. Vengo fastidiado... En una mujer como tú se aprueba la minifalda y se desaprueba el mini hombre. No sé lo que le has podido encontrar, para venirte con él a este infecto tugurio.

—Has entrado en razón...

—¿Te engañó?

—No me engañó. Tuve un momento de debilidad...

—¿Por él? —preguntó con expresión de incredulidad.

La rubia no vio el gesto que le hacía Phillips para que callase y se largase. Y Brian fingió no verlo.

—¡No me fastidies! Por unos diamantes. Me vuelven loca los diamantes y los tipos como tú.

Brian respondió a la chica:

—Me parece estupendo, rubia.

Se dirigió luego a Doug y sin que mediase una sola palabra más, le asestó un bofetón que lo sentó.

Miró el detective privado a Brian con expresión de espanto. Y dijo luego:

—¡Los diamantes eran falsos!

—¿Que los diamantes son falsos? ¡Despídete de la piel como sea cierto! —gritó la rubia sacando del bolso un pequeño paquete.

Lo deshizo rápidamente, abrió un pequeño estuche y sacó un par de pendientes que mostró a la luz:

Doug intentó escurrirse mientras ella sacaba los pendientes, pero Brian cortó en seco la maniobra.

—¡Quieto ahí! Temo que has llegado al final de tu vida. Si no es ella la que te mata, te aplastaré yo. No se puede jugar con dos mazos de naipes...

La rubia, tras examinar detenidamente los pendientes, sonrió y cimbrió el cuerpo, diciendo:

—¡Son buenos! Lo conozco bien. No son una gran cosa, pero responden bien al precio que han costado. He trabajado en esto, muchacho, y no es fácil engañarme.

Brilló la mirada de la rubia cuando volvió a guardar sus pendientes.

Brian deseaba librarse de ella y le pidió:

—Llámame por teléfono esta noche, a las diez... Pero yo no tengo pasta para regalarte diamantes... Apenas si me llegará para invitarte a un *whisky*...

Suspiró la de la minifalda, puso los ojos en blanco y dijo:

—No te preocupes por eso, muchacho. Te llamaré...

Se marchó contoneándose exageradamente; y sin acordarse en su emoción de pedir a Brian el número de su teléfono.

Cerró la rubia de un portazo. Quedaban solos los dos hombres.

—Me vas a decir en qué está trabajando Mark. Vamos a no perder tiempo.

—Eso sería traicionarle, no puedo hacerlo. En nuestra profesión hay que ser discretos...

—¿Prefieres que te sacuda en serio? —preguntó Brian.

—¡Llamaré a la policía, eso es! Ejercicio legalmente una profesión... Es mejor que se largue.

Consideró Brian que ya habían perdido demasiado tiempo y aferró por la pechera al detective con ambas manos, lo zarandé y le dijo:

—Llama a la policía si quieres. Y si no la llamas tú, seré yo quien lo haga, pero después de patearte.

Intentó zafarse Doug empleando una hábil llave de lucha y lo consiguió a medias.

Y se estremeció inmediatamente al recibir un seco golpe que le aplicó Brian con el canto de la mano en el puente de la nariz.

Dio la impresión de que los ojos le iban a saltar.

Comenzó a lagrimear y dirigió una mirada suplicante a su visitante que lo empujó, haciéndolo sentar en un sillón. Si hubiera dado en serio, con ese golpe te hubiese podido matar, y tú lo sabes. Estoy dispuesto a hacerlo...

—¡No sé nada...!

—No mientas. Y cuenta que detrás de mí está la policía. Han asesinado a Mark. Ha sido en mis propias barbas y me he cargado a las dos sabandijas que lo mataron.

El detective privado extravió la mirada.

—Si te pongo en manos de la policía, será con la acusación de cómplice del asesinato. No lo pasarás nada bien y tú lo sabes...

Phillips estaba realmente asustado, no era ficción.

Balbució:

—Bien, yo sé en qué se ocupaba. Y yo tengo un caso igual. Pero eso no quiere decir... —Vamos por partes, Doug, no enredes. Sé que es tu especialidad y dije a Mark en más de una ocasión que no debía tener el mínimo de confianza contigo.

—El me necesitaba...

—El creía que te necesitaba en ocasiones. Era un error. Los datos que tú le podías facilitar se los hubiese podido dar cualquier chivato de los que se en quistan en el hampa. Y le habrían salido más baratos sin tener que confiarse a ellos.

Doug sabía bien que Brian no se equivocaba. Y permaneció callado.

—¿En qué trabajaba Mark?

—Verá, Kennedy. Por lo que he podido deducir dé lo que me dijo él, debía estar...

—Menos palabras y más concreción. Da por repetida la pregunta. Y no te desvíes —interrumpió Brian.

Amenazó con el filo de la mano.

—Se trata de una organización que entra gente clandestinamente en los Estados Unidos.

—¿Qué más?

—No sé.

El ataque de Brian fue rápido y la mejilla izquierda de Phillips de coloreó bastante más de lo que estaba, al recibir la bofetada.

—¿Qué más? —preguntó tranquilamente el amigo de Mark tras haber castigado al detective.

—Luego, valiéndose de la situación ilegal de los inmigrantes, los explotan de forma inicua, sacándoles una buena parte de lo que ganan. Los mantienen controlados.

—¿Por cuenta de quién trabajaba Mark?

—Una rubia que se llama Amy Keller. Creo que ella trabaja de

modelo para usted. Ha trabajado también alguna vez para Mark.

—También la han asesinado.

—¡No! —exclamó Phillips.

—Sí. No me digas que te asusta el hecho de que hayan un par de cadáveres más. Ése es el resultado de tu chivatería.

—Estoy en sus manos, no me puedo defender. Le aseguro que no he dicho nada a nadie...

—Dejemos eso y vamos a lo que importa. ¿Has trabajado con Mark en el asunto de Amy Keller?

—No. El no confió en mí... Digo la verdad.

—¿Cómo sabes que trabajaba en él?

—Simple deducción, por alguna pregunta que me hizo.

—¿Y por qué sabes que el encargo partía de Amy?

—Porque ella estuvo intentando planteármelo a mí. Sabía que yo conocía la profesión mejor que Mark —galleó Phillips.

—Te estás olvidando de que te he zurrado y de que te voy a volver a zurrar sin previo aviso —advirtió Brian.

Siguió un lapso de silencio.

Phillips movió la cabeza en sentido negativo y dijo:

—Así no hay modo de concretar nada.

Pinzó Brian entre dos dedos doblados de su derecha, la nariz del mini detective y la retorció hasta arrancarle un aullido de dolor.

—Te crees más listo que los demás y no escarmientas. Yo soy menos listo que tú, pero sé que contra fulanos de tu calaña, basta con emplear la fuerza bruta... ¿Qué me respondes?

—Los espíó. A Mark y a Amy. No fue por eso, sino porque la chica me gustaba y yo esperaba que se presentase una ocasión propicia.

—Eres un cerdo, Doug.

—Sí, lo sé. He salido más bien pequeño, y no tengo las mismas posibilidades que tenía Mark o que tiene usted. Y tengo derecho a vivir, ¿no?

—Tienes derecho a vivir. Y obligación de dejar vivir. Vas a salir mal de esta cuestión, Phillips.

No amenazaba en vano Brian. Era algo de lo que Phillips estaba completamente seguro.

—El caso es que los espíé y pude enterarme.

—Admitido. Has dicho que tienes un caso igual.

—Bueno, yo...

—Has dicho que tienes un caso igual y en ese momento no mentías.

—No, no mentía —admitió el menudo detective.

—¿Qué has logrado saber?

—¡Nada, de verdad, nada!

El rostro de Phillips reflejó miedo, tal vez un miedo muy superior al que le podía inspirar Brian.

Fingió éste que lo creía y preguntó aún:

—¿Quién es tu cliente, Doug?

—Una pelirroja, qué pelirroja, Kennedy. ¡Sensacional de verdad!

Silbó admirativamente extraviando la mirada y moviendo las manos como si intentase reproducir en el aire la bella línea correspondiente a una mujer.

—No me importa que esté bien o esté mal, que sea sensacional o no. Quiero machacar a los asesinos de Mark y de Amy...

—Sé que lo hará. Usted es más duro y más inteligente que Mark... Pero la pelirroja le importará, ¡vaya si le importará! No hay ningún hombre que la conozca y se pueda sustraer a su encanto.

Tras una breve pausa añadió:

—No hay otra como ella. Ni siquiera Amy Keller...

—¿También se le están comiendo una buena parte de lo que gana?

—También.

—¿Qué hace?

—Tiene una voz maravillosa, es linda, y más que linda, atractiva... Hace anuncios para la televisión. Y también dobla alguna película que otra, sobre todo, alemanas y rusas...

—¿En dónde vive...?

—No lejos de aquí... Se enteró que yo era un buen detective... Aunque se rió lo suyo cuando me vio. Pero luego confió en mí.

—Tú no has hecho nada por merecer la confianza de ella.

—No, lo confieso.

—Y has cobrado.

—No quise cobrar, ésa es la verdad. Le dije que ya me pagaría cuando lograra algo.

—¿Y no has logrado saber nada?

—Nada.

- ¿Qué dates te ha dado ella?
- Las señas del individuo que le cobra...
- ¿Lo has visto alguna vez?
- Dos veces y una vez lo pude seguir.
- Descríbelo.

Doug, sin poder ocultar su miedo, mirando de vez en cuando recelosamente como si temiese ser escuchado, hizo una descripción bastante completa de un individuo, descripción que Brian procuró grabar en su memoria.

- Le aseguro que estoy diciendo verdad.
- Te creo...

—El aparece inesperadamente cada vez. Ella sabe que tiene que llevar el dinero preparado a partir de determinada hora de cada sábado. Le cobran todas las semanas —añadió innecesariamente.

- ¿Cómo va vestido?

—Tan pronto es un camionero, como va elegantemente vestido, como se presenta en su apartamento como si fuese el plomero o el limpiacristales. Lo sé porque me lo ha dicho ella.

- ¿Cuándo le seguiste, cómo vestía?

—Corrientemente, con cierta elegancia. La otra vez se bajó de un camión y desapareció en él antes de que pudiese darme cuenta de nada.

Añadió:

- He dicho la verdad.
- Las señas de esa chica...
- Sí, señor...

Dio Doug las señas a Kennedy, el cual las anotó, no queriendo fiarlas a la memoria.

Luego dijo lentamente:

—Creo que debes desaparecer, mini detective chivato. Te librarás de que te maten ellos o tenga que matarte yo. Tienes pasta de traidor y me traicionarás a la menor ocasión.

- ¡Eso nunca, se lo aseguro! ¡Yo lo admiro, lo admiré siempre!

—A pesar de ello me traicionarías. Te debiste dejar despedazar antes de decir nada de Mark y de Amy...

Palideció hasta casi llegar al verde terroso, el pequeño detective.

- Porque has sido tú —prosiguió Brian.
- Yo...

—Te diré cómo ha sido. Te pillaron siguiendo a ese individuo, aunque te las das de listo. No fuiste capaz de resistir. Entre un buen montón de pasta, y que te aplastasen, elegiste la pasta. Para ello no vacilaste en entregar a un amigo y a una linda chica...

No negó Phillips.

—Eres repulsivo. Lárgate antes de que sea tarde para ti.

No quiso tocarlo más. En el fondo, no dejaba de darle lástima.

Doug Phillips, que se había puesto en pie, se dejó caer en un sillón cuando lo vio desaparecer. Y decidió que se marcharía lejos.

CAPÍTULO IV

El teniente Bates aguardó a Brian Kennedy a la entrada del *Mortuary Hall*, del Bellevue Hospital.

—Ya sabe usted que es mero trámite. Se trata de identificar ante un representante del fiscal los cadáveres de Mark Wolf y de Amy Keller.

—Sí...

—Wolf no tiene familia en Nueva York. Aunque vendrá un tío suyo de San Luis.

—Sí, lo conozco...

—En cuanto a la chica, no se le conoce familia. Parece que entró clandestinamente en los Estados Unidos.

Brian no hizo comentario alguno. No quería hablar de Douglas Phillips, al cual procesarían si se llegaba a conocer el grado de culpabilidad que tenía en las dos muertes.

Por otra parte, si denunciaba la existencia de la organización que entraba clandestinamente inmigrantes, la policía intentaría descubrir a los componentes de tal organización.

Y lo conseguiría o fracasaría.

Pero de lo que no había duda era de que actuaría rápidamente contra las personas que habían entrado clandestinamente en la Unión, las cuales serían detenidas y concentradas hasta que la autoridad competente decidiese si había lugar a su admisión en la Unión, o no.

Bates dijo mientras entraban:

—En los Estados Unidos entra demasiada gente de manera clandestina. Y Nueva York es uno de los refugios más seguros para ellos, por lo difícil que resulta controlar a todo el mundo.

—Lo comprendo. Una lástima que Amy Keller no se me haya

confiado en todo el tiempo. Hubiese gestionado su entrada legal, aunque por el momento la hubiese hecho salir.

—Tal vez no estaría muerta ahora —comentó Bates.

Brian se abstuvo de hacer comentario alguno.

Deseando variar de conversación, preguntó al policía:

—¿Han sido identificados los dos asesinos de Wolf?

—Sí. También uno de ellos había entrado clandestinamente en la Unión. Era alemán.

—¿Se ha interesado alguien por ellos?

—Nadie.

—¿Se les conocían antecedentes?

—No. Aunque tampoco se sabe nada sobre sus medios de vida. La profesión de ambos, según los documentos que llevaban encima, era la de mecánicos de automóvil. Se investiga sobre ellos, particularmente, sobre nuestro compatriota. Era de Indianápolis. Brian fue presentado al fiscal, el cual le interrogó por pura fórmula.

Luego dijo:

—Ha sido una lástima que los matase usted.

—He pensado lo mismo que usted repetidas veces. Pero yo estaba en inferioridad y tenía que poner toda mi potencia en la lucha si no quería ser destrozado.

—Lo hemos comprendido así —dijo el representante del fiscal sonriendo con expresión que debería resultar tranquilizadora para Kennedy.

Luego dijo:

—Espero que no tendrá inconveniente en asistir a la encuesta que se ha de llevar a cabo...

—Ningún inconveniente. Estoy a la disposición de ustedes.

—Están las cosas bastante claras y también será cuestión de trámite. Se verá todo en la misma encuesta, los cuatro casos, aunque en realidad se pueden considerar tres. El único que ofrece trabajo porque se desconoce al asesino, es el de la señorita Keller...

Iban a salir del depósito cuando hubieron de apartarse para que entraran un cuerpo.

Uno de los que lo llevaban informó:

—Lo han atropellado cerca de la *Grand Central Station*; primero, un camión; luego, un automóvil. Muerto en el acto.

Abultaba muy poco y Brian tuvo una corazonada.

—¿Se le puede ver? —preguntó.

—No hay inconveniente.

Lo reconoció apenas le descubrieron la parte correspondiente a la calva.

Anunció a Bates y al representante de la oficina del fiscal:

—Era detective privado. Trabajó en algunas ocasiones con Mark Wolf.

—¿Está seguro? —preguntó Bates.

—Completamente. Lo conocía de eso.

—Veré a quién se haya hecho cargo del caso...

El policía preguntó al que había dado la información:

—¿Sabe si han detenido a los que lo atropellaron?

—No. Se dieron a la fuga y nadie pudo tomar las matrículas. Parece que estaban medio tapadas con grasa y barro en los dos vehículos. Esto huele a asesinato que apestá.

Brian pensó en Janet Hayes. Por el momento, era el único cabo que le quedaba para enlazar con los de la criminal organización.

Lo cual significaba que la estupenda pelirroja, a la que no había encontrado en su apartamento cuando había ido a visitarla, corría peligro.

Porque Brian había podido comprobar que la buscaban y que habían estado ya un par de veces en su apartamento intentando sorprenderla.

* * *

La pelirroja Janet Hayes era tan atractiva como Douglas Phillips había dicho.

Había nacido en
Hong-Kong,

de padre irlandés y madre portuguesa. Y hablaba correctamente cinco idiomas entre los que contaban el inglés y el portugués.

Hacía días que no había visto al menudo Douglas Philips a pesar de las seguridades que éste le había dado de que la vería frecuentemente hasta quedar resuelto el caso que la preocupaba.

Y decidió mentalmente que confiaría el caso a Mark Wolf, al cual había conocido posteriormente, de manera accidental.

Había terminado le media jornada del sábado, había hecho una

comida ligera en un restaurante y se había apresurado a ir a su apartamento.

Tenía que disponer el dinero semanal para los que le hacían chantaje después de haberla introducido clandestinamente en la Unión.

Y deseaba cortar la sangría rápidamente, una sangría constante que no le permitía ahorrar un solo centavo y que incluso la obligaba en ocasiones a privarse de cosas que le hubiese gustado comprar.

Descansó una vez tuvo dispuesto el dinero para sus expoliadores.

¿En dónde la encontrarían aquel día? ¿Bajo qué ropa iría el recaudador?

Sabía que no adelantaría nada denunciándolo a la policía. Y en cambio, se perjudicaría ella, ya que la detendrían hasta tanto dispusieran de su suerte las autoridades de inmigración.

La castigarían. Y perdería lo que había logrado ya, que no era poco.

La pelirroja se puso en pie dispuesta a llamar por teléfono a Mark Wolf, iniciando así su contacto con él. Lo había llamado la noche anterior, pero no le había respondido.

—Tal vez hoy tendré más suerte.

Estaba ya cerca del aparato telefónico cuando llamaron a la puerta.

Se acercó a ella sin hacer ruido y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy el limpiacristales, guapa.

Había reconocido la voz del recaudador, a pesar de lo cual opuso:

—Terminó la jornada de trabajo, ¿no cree? Comienza el lunes.

—Es mejor que me deje terminar hoy, ¿comprende?

El hombre, sin dejar de hablar en tonillo irónico, se mostró amenazador.

—Está bien. Voy a echarme una bata por encima.

—Por mí, es igual...

—Pero por mí, no... —respondió la atractiva pelirroja.

Deseaba terminar cuanto antes y fue en busca del dinero que había dejado preparado y al alcance de la mano.

Abrió a continuación, el espacio justo para sacar la contribución obligada.

El hombre, que llevaba consigo lo que correspondía al oficio que había dicho desempeñar, alargó la mano.

Pero en lugar de tomar el dinero, aferró la muñeca a la linda pelirroja, haciendo presa en ella.

Fue hábil luego para hacerla girar con una leve torsión, obligándola a salir del parapeto que significaba para ella la puerta.

E inmediatamente entró, sin dar ocasión a que Janet se opusiera.

No dejó de sonreír el hombre, aunque su sonrisa hizo temer a la pelirroja que podía producirse algo desagradable.

Abrió la boca dispuesta a gritar, pero el *gángster* adelantó su otra mano con la cual evitó el grito.

Se sucedía todo con rapidez de vértigo, sin dar tiempo a que Janet reaccionase de forma adecuada, efectiva.

Nuevamente la hizo girar el hombre, asegurándola, sin dejar de mantenerle cerrada la boca.

Y al propio tiempo cerró la puerta empujando con la espalda.

Movió Janet la cabeza con energía y aunque no liberó su boca totalmente, consiguió hacerlo a medias; y entonces atacó con ella, clavando sus dientes en la mano del hombre.

Denostó el hombre violentamente, pero no tiró de su lacerada mano, sino que la aguantó en la boca de ella.

Y soltó la otra mano con la cual dirigió a la pelirroja un terrible golpe buscándole les vértebras con el filo de la mano.

No llegó el golpe.

El *gángster* sintió que alguien le asía por la muñeca antes de que su mano entrase en contacto con la anatomía de la pelirroja.

Trató de zafarse temiendo que había caído en una trampa.

No lo consiguió.

Y sintió por contra que con una dura y hábil torsión lo obligaban a desplazarse, separándolo de la pelirroja.

No tenía tiempo de pensar, pero intuyó que se las había con el peligroso individuo que había matado a los dos asesinos de Wolf.

Y tal idea lo paralizó un instante, aunque reaccionó inmediatamente de manera desesperada.

Intentó golpear con uno de sus pies, pero un hábil movimiento de Kennedy le hizo fallar.

Sin poder evitarlo sintió que era levantado del suelo.

Dio una voltereta involuntariamente en el aire y se sintió

lanzado con fuerza.

Cerró los ojos dando por seguro que se trataba de un golpe de muerte que le era imposible evitar.

Pero cayó sobre un robusto sofá que aguantó bien el golpe.

A pesar de ello quedó inmóvil, sintiendo fuerte dolor, sin fuerzas para reaccionar.

Tampoco Brian le dio tiempo, pues se lanzó sobre él, obligándolo a levantarse; y cuando lo tuvo de pie le aplicó una serie de bofetadas a derecho y revés.

Sintió que era proyectado de nuevo contra el sillón.

Del sillón fue lanzado al suelo y Kennedy saltó sobre sus costillas, pisoteándolo hasta dejarlo sin respiración, sin fuerzas, fuera de combate aunque percibía el dolor y tenía conciencia de lo que le estaba sucediendo.

Materialmente roto, sangrando {por varios sitios, notó que le ataban las manos a la espalda y que seguidamente le ataban los pies por los tobillos para reunirlos con las manos, haciéndole doblar las rodillas.

Aquello le decidió a guardar silencio y cerró los ojos para dar la sensación de que había perdido el conocimiento.

Kennedy, una vea totalmente inutilizado el *gángster*, se inclinó sobre él y le registró cuidadosamente.

Lo despojó de una pistola, un cuchillo automático y una media de señora, gemela de la que había sido empleada para asesinar a Amy Keller.

El joven artista mostró la media a la linda pelirroja que le contemplaba asombrada, admirada, agradecida.

—Ahí tiene eso. De no haberla matado con el golpe que le dirigió a las vértebras cervicales, la hubiese estrangulado con esto.

—¡Dios mío...!

—Esta noche pasada asesinó con una media gemela a una linda chica rubia. Se llamaba Amy Keller. Como usted, había entrado clandestinamente en los Estados Unidos.

—¿Quién es usted? ¿Cómo sabe...?

—No tema, no soy policía. Me llamo Brian Kennedy y era amigo, muy amigo, de Mark Wolf...

—¿Has dicho era...? —preguntó la pelirroja desorbitando la mirada.

—Eso he dicho. Lo asesinaron anoche. Pandilleros de la misma banda que este granuja.

—¡Oh! Tal vez por eso no respondió anoche a mi llamada. Lo iba a llamar otra vez cuando él tocó a la puerta —dijo señalando para el *gángster* vencido.

—¿Había encargado a Wolf de su asunto? —preguntó Brian.

—Todavía no... ¿Pero cómo sabe todo le referente a mí? Porque está claro que no lo ignora.

—Se lo arranqué esta mañana a Douglas Phillips, antes de que lo asesinaran estos granujas...

—¿A Phillips también...?

—También. Cuando se disponía a huir, asustado, después de haber traicionado a Wolf, de haber entregado a Amy Keller y seguramente también a usted...

—Me habían hablado bien de él. Decían que era competente y decidido, que era ambicioso...

—Era competente, decidido, ambicioso... Pero pesaba sobre él un complejo terrible: El de su insignificancia física. Tal vez eso lo había hecho inmoral, convirtiéndolo en desecho humano.

—Yo no lo había vuelto a ver desde el pasado sábado, cuando salió detrás de este individuo del cual yo le había dado las señas.

—Justo. Debí ser entonces cuando lo atraparon. Y él, para salvar su repulsiva piel habló de usted, de Amy Keller, de Mark...

Refirió a la joven lo sucedido desde el momento en que le había llamado Mark por teléfono.

—Ahora sabe ya cómo está todo —dijo al final del relato.

—¿Así pues, ellos me habrán sentenciado a muerte? —preguntó la pelirroja asustada.

—Imagino que sí. A usted por haber recurrido a un detective privado para que los desenmascarase y zafarse de ellos. A mí, porque saben que no les perdonaré, que no pararé hasta que los haya destrozado... A menos que ellos puedan conmigo.

Siguió un lapso de silencio.

Janet, con angustiada expresión, dijo:

—No podrán con usted, estoy convencida de ello.

—Gracias por sus buenos deseos... Y por la confianza que deposita en mí —respondió Brian.

El joven se dirigió al granuja, al cual aupó, situándolo

convenientemente en un sillón.

—Ahora te toca a ti, Es inútil que intentes hacer creer que estás fuera de combate...

—Me ha destrozado... Pero lo pagará caro, se lo aseguro.

—Es posible; pero tú irás por delante, como fueron anoche tus tíos compinches. Ya sabes: Quien da primero, da dos veces. Y ahora vas a hablar.

—No tengo nada qué decir.

—Hables o no hables, el resultado será el mismo. Destrozaré vuestra organización. Pero tendrás que hablar... Antes de entregarte a la policía quiero verte rebajado a la condición de los chivatos, de los soplones. Hablarás, como habló Douglas Phillips. Con la diferencia de que vosotros le distéis dinero a él y yo os iré entregando a la policía.

—No lo hará. Si me entrega a la policía la pelirroja será la primera en caer. Entró clandestinamente en los Estados Unidos. Y usted no lo ignora.

Se mostró desafiador, irónico.

Y la respuesta fue un golpe a la altura del hígado, un golpe que le hizo boquear mientras el rostro tomaba una tonalidad terrosa.

—Tendrás que aprender a respetarnos, granuja. Te entregará a la policía, y a la señorita Hayes no le sucederá nada. Como no le hubiese sucedido nada a la señorita Keller si se hubiese confiado a mí.

El granuja casi no oyó a Brian, pero entendió perfectamente lo que quería decirle.

—¿Cómo te llamas?

—Peters Stone.

Al despojarlo de las armas había notado que Stone llevaba una abultada cartera a la que no había querido tocar.

Pero entonces le despojó de ella.

Comprobó que no había mentido al darle su nombre.

Como profesión la de peluquero de señoras. Tenía treinta y dos años de edad y su pasaporte indicaba que entre otros sitios, había estado en Japón, en donde había perfeccionado sus métodos de lucha.

—¿A qué fuiste a Japón?

—¿Importa eso? —preguntó de mala gana.

—Sí.

—A presentar unos modelos.

—¿Eres peluquero, de verdad?

—Sí.

—Según veo fuiste a presentar modelos y te dieron un diploma como luchador.

—Me gusta la lucha. Fui un buen aficionado al pugilismo.

—Pero prefieres estrangular con una media. No deja huellas, ¿verdad?

—Eso dicen.

Stone, por momentos, daba la sensación de sentirse más tranquilo.

Por el contrario Brian experimentó una sensación inexplicable de inseguridad.

De improviso saltó como un tigre y arrojó al suelo a la pelirroja a la vez que se tiraba él.

CAPÍTULO V

Se oyó el leve ruido de un disparo hecho con pistola provista de silenciador.

A Brian le pareció percibir el mosconeo de la bala, que no le alcanzó gracias a su intuición y su pasmosa agilidad.

Tenía en la mano la pistola de que había despojado a Stone, e hizo fuego con ella.

Iba provista también de silenciador y no hizo más ruido del que puede hacer una botella de champaña al ser destapada.

La bala llegó a destino antes de que el *gángster* que le apuntaba pudiese repetir disparo.

El hombre, bien alcanzado, cayó como fulminado, desplazando a un compinche que se disponía a tirar también.

Tiró nuevamente Brian antes de que se pudiese reponer el segundo de los *gangsters* que habían entrado subrepticamente.

Y el hombre, bien alcanzado, se desplomó encima de su compañero.

—Vive usted en un apartamento demasiado vulnerable, señorita Hayes. Habrá de mudarse.

—¿Cree que es fácil?

—No lo sé... Supongo que no será demasiado fácil cuando se ha entrado clandestinamente en el país o cuando se tiene poco dinero.

—Y en mí coinciden las dos circunstancias gracias a estos granujas que me han esquilado desde que gané mi primer dólar.

Sin dejar tío hablar, Brian pasó a ocuparse de Stone, cuya palidez e inmovilidad le resultaron reveladoras.

—Lo han alcanzado a él con la primera bala —comunicó a la chica.

—¿Muerto?

—Todavía no; pero no creo que dure ni dos minutos.

Dio la impresión Stone de que quería decir algo, pero cuando Brian quiso atenderle, el hombre dejó de existir.

—Ya está claro también.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Intervendrá la policía.

—Trataré de evitar que intervenga.

Tomó Brian el cuerno de Stone y cuidadosamente lo situó junto a los otros dos.

—No se preocupe. Yo mismo limpiaré cuando me los lleve. Y no quedará ni rastro.

—¿Es que no va a dar cuenta de lo sucedido?

—¿Cree que puedo hacerlo? Tengo la conciencia tranquila. A Stone lo han matado ellos.

Y yo he matado en defensa propia.

Se preocupó Brian de taponar las heridas de los tres *gangsters* para evitar que saliese más sangre y luego limpió de forma que no quedó la mínima huella de lo sucedido.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Me la llevaré de aquí. Si es que tiene confianza en mí.

—¿En quién puedo ponerla si no es en usted? Si me deja sola estoy perdida, lo sé. Jamás pude sospechar que entrar clandestinamente en un país pudiese acarrear estas consecuencias.

—Sin ánimo de censurarla, le diré que cuando se atacan las leyes, sabe uno cuándo, cómo y hasta por qué se empieza. Pero no sabe uno nunca hasta dónde se verá obligado a llegar.

—¿Qué puedo hacer ahora?

—Trataremos de zafarnos de esta gente, de destrozarlos... Luego la sacaré... Y cuando entre, lo hará normalmente.

—Creo que lo haré tal como dice, aun cuando pierda todo o parte de lo que he conseguido.

—Estudiaremos el caso. Se puede hacer creer a la gente para la que trabaja usted, que está enferma... Luego, ya veremos.

Llamaron a la puerta en aquel momento.

Brian montó la pistola y dijo a la pelirroja:

—Salga a ver. Yo vigilaré desde allí. No debe de entrar nadie.

Hizo un gesto aludiendo a los tres cadáveres.

Janet, tratando de dominar su natural nerviosismo, entreabrió la puerta.

Era una vecina.

—¿Es usted?

—Sí. Me pareció oír ruido.

—A mí también; pero estaba tumbada y pensé si me habría dormido y lo había soñado. —¿No se encuentra bien?

—No muy bien. Tanto que voy a ir a casa de mis padres a pasar unos días. Allí, casi en pleno campo, me repongo fácilmente.

—Trabaja usted demasiado.

—Hay que abrirse camino y estoy en la edad de hacerlo. Gracias por sus atenciones, señora Smith.

—¿De verdad no necesita nada?

—Nada. Gracias. Me voy encontrando mejor...

—Cualquier cosa que necesite no tiene más que decirlo.

—Ya sabe que siempre la he tenido en cuenta. Usted ha sido casi como una madre y la única amiga que tengo en Nueva York.

Se retiró la vecina tras un breve cambio de palabras de despedida.

Janet cerró y dijo a Brian:

—No sé. Creo que es una buena mujer; pero peca de curiosa.

—¿El apartamento se lo buscaron ellos? —preguntó Brian.

—Sí. Primero tuve uno más pobre y después éste. Ellos han controlado todos mis pasos casi, desde que llegué.

—Pues eso se terminó. Arréglese y lleve consigo lo necesario para pasar fuera unos cuantos días, tal como le ha dicho a la señora Smith.

—Enseguida.

El rostro de la linda y atractiva pelirroja se había animado notablemente al pensar que ya no estaba sola en la inmensa urbe, que tenía alguien que se preocupaba por ella, que la protegería.

Janet terminó de vestirse rápidamente y acondicionó en una valija lo que consideró más necesario para estar ausente de doce a quince días.

Se acercó al joven sonriendo, un tanto olvidada de lo que debía quedar allí por el momento.

—Dispuesta a seguirle.

—Es casi seguro que la señora Smith esté espiando detrás de su puerta, ¿no? —preguntó Brian.

—Sí, yo diría que es seguro.

—En tal caso yo voy a salir por el mismo lugar empleado para entrar.

—Sí.

—Un vez haya salido cerrará bien por dentro.

—Sí.

—A los tres minutos aproximadamente de haber salido yo, sale usted normalmente y cierra con llave...

—¿Y usted?

—La estaré aguardando en el piso de abajo, pendiente de sus movimientos, pero fuera del alcance de las miradas de la señora Smith.

—¿Y me voy a quedar sola con ellos?

—Comprendo que la idea no es agradable, pero ellos no están ya en condiciones de hacerle daño. Y van a ser solamente tres minutos.

—Tiene razón, perdone. Está arriesgando usted su tranquilidad y su vida por mí, y yo me estoy portando estúpidamente.

—Tiene que ser valiente. Lo fue para dejar Hong-Kong y venir aquí.

—No se necesita mucho valor. Yo me había quedado sola. Ellos me recogieron allí y estuve bajo su tutela todo el tiempo, hasta que una vez en Nueva York se hicieron cargo de mí los de aquí.

—¿No hubo ningún momento de miedo, de peligro?

—Solamente uno... Cuando me desembarcaron en San Francisco.

Hablando habían llegado hasta la ventana por la cual debía salir el joven Kennedy.

Ésta entregó a Janet la pistola de que había despojado a Stone.

—Tome. Y si se presenta el caso, úsela sin vacilar. ¿Sabe disparar?

—Sí.

—Piense que Stone la hubiese estrangulado... Recuerde que cualquiera de ellos puede matarla.

—No lo olvidaré un solo momento.

—Una vez haya salido yo, aguarde tres minutos. Luego, antes de comenzar a bajar, asegúrese de que yo estoy aguardándola ya.

—¿Tan peligrosos los cree?

—Lo ha podido comprobar usted misma...

—¿Y si le sucediese algo a usted?

—Acuda inmediatamente a la policía. Tome un taxi que la conduzca al cuartel general y pregunté por el Departamento de Homicidios...

—Homicidios —repitió la chica.

—Una vez en homicidios pregunta por el teniente Thomas Bates... ¿Lo recordará?

—Sí, Bates. Como el artista de cine.

—Justo, como el artista de cine... Sincérese con él y no vacile en referirle lo sucedido en este apartamento. ¿Lo hará?

—Lo haré. Es preferible que me echen, a que me maten...

—Justo. Del mal, el menos.

Salió Brian y la pelirroja cerró inmediatamente, cuando él estaba aún a la vista.

Contó Janet ansiosamente los tres minutos, considerándolos tal vez los más largos de su vida.

Abrió la puerta cautelosamente. Habían quedado afuera la escalera y la caja que portaba Stone para dar la impresión de que era realmente un limpiacristales.

En el primer momento no vio a nadie. Y salió confiadamente, cerrando con llave, tal como le había recomendado Brian.

E inmediatamente descubrió a Brian que la aguardaba entre el primero y segundo tramo de escalera, fuera del alcance de la mirada de la señora Smith, en el caso de que ella estuviese espionando.

Janet, dominado su natural impaciencia, procuró comportarse con naturalidad, mirando en dirección a la puerta de la señora Smith con expresión sonriente, normal, como si se despidiese de ella.

Recibió la impresión de que su «maternal» vecina escrutaba por una invisible mirilla de la puerta, protegida con material plástico transparente.

Brian, considerando siempre las posibilidades del espionaje de la señora Smith, comenzó a bajar tan pronto vio que todo se desarrollaba dentro de la normalidad.

Los dos jóvenes se reunieron dos pisos más abajo, tomando Brian la valija que llevaba Janet.

Ella se aferró un tanto nerviosamente a uno de los brazos del

hombre.

Y Brian recordó en aquel momento las palabras de Philips cuando se había referido a la pelirroja.

«Es imposible sustraerse a su encanto».

Era cierto. Únicamente bestias inmundas, tipos sádicos como Peter Stone podían sustraerse a tal encanto hasta el punto de no vacilar en suprimirla.

Una vez en la calle, Brian, por hábito, se dispuso a marchar a pie hasta llegar a la parada del autobús que debería conducirles.

La chica propuso:

—¿Tomamos un taxi? Si está lejos...

—Hay bastante distancia.

—Los gastos deben correr de mi cuenta —señaló ella.

—¿Después de lo que la han esquilnado? Ni hablar de esa cuestión.

—Pero usted...

—No se preocupe. Hasta este momento no he recordado que yo llevo lo que Stone había recaudado hoy. Una cantidad bastante interesante que no pienso entregar a esos granujas.

—Una cantidad que debe servir para combatirles —añadió ella.

—Es una buena idea. No puedo entregarla a la policía.

—Exacto. Usted tiene que ser discreto a la fuerza.

Por los que hemos entrado clandestinamente... Y un poco por usted.

Tomaron un taxi que les dejó en la calle Cuarenta y Dos Oeste, cerca de una terminal de autobuses, y caminaron en dirección Oeste, hasta unos almacenes que tenían su entrada por aquella calle y la salida por una transversal.

Brian compró un par de graciosas chucherías con las cuales obsequió a su linda acompañante.

—Sé que las ha adquirido para justificar nuestra entrada, pero gracias, de todas formas.

—Hubiese comprado algo, pero me di cuenta de que era precisamente eso lo que le gustaba.

—Es usted un chico observador. El regalo es de mi gusto.

—Y usted del mío. Estamos en paz.

Janet no respondió de viva voz; su mirada fue suficiente para dar a entender a Brian que él no le había desagradado, sino todo lo

contrario.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Janet una vez estuvieron nuevamente en la calle.

—A casa de una tía reumática. No se preocupe. Sabe manejar un rifle y no vacila en emplearlo.

—¿A pesar del reuma?

—A pesar del reuma... Allí estará segura, y como la fealdad no se pega.

—¿Es fea?

—Sí. Ella lo sabe. Pero posee un gran corazón y una serie le buenas cualidades que la hacen apreciable en alto grado.

—Si usted la quiere, yo la querré también.

—¿Y no resbalará algo de ese cariño hacia mí? —preguntó audazmente el joven.

—No sea comprometedor, Kennedy, Estoy por considerarlo un hombre sumamente peligroso.

—En eso deben estar de acuerdo nuestros enemigos...

Descubrieron un taxi y tan pronto se aseguraron que no era el mismo que les había llevado hasta la calle Cuarenta y Dos, lo tomaron.

La dirección que dio Brian estaba fuera de Manhattan, en Yonkers, en el inmediato condado de Westchester.

Una vez en marcha, sonrió Brian, quien dijo, acariciando una mano a la linda pelirroja:

—No habrá mentido a la señora Smith más que a medias. No habrá ido a casa de sus padres. Pero sí a casa de una futura tía...

—¿Lo debo tomar como una petición de mano?

—En realidad lo debieras tomar como una declaración de guerra.

—¿Tienes esa idea del matrimonio? —preguntó la pelirroja.

—No tengo ninguna idea. No he estado casado jamás, pero si quieres vivir en paz, prepárate para la guerra —respondió Brian con sentido del humor.

La pelirroja rió de buen grado.

—Phil me lo anunció: «Es imposible sustraerse al encanto de esa pelirroja». Yo no lo creí, pero...

—Justo castigo por tu incredulidad —dijo ella con no menor humor que él.

—La vida es así, pelirroja. Un joven amigo mío se alistó voluntario para ir a Vietnam, porque le gustaba la guerra. Otro se alistó por todo lo contrario. Le gustaba la paz. Pero estaba casado y la suegra vivía con ellos.

Volvieron a reír, olvidados en parte del difícil momento que les tocaba enfrentar.

—Se me había olvidado algo. Pese a su fealdad, mi tía es viuda. Fue muy feliz en su matrimonio. Parece que él también. A veces ocurren esas cosas...

La señora Lowe era fea; pero tan cordial, tan afable, tan poco entrometida, que su fealdad se olvidaba pronto hasta el punto de que no se la veía.

Cuando Brian se dispuso a regresar a Nueva York, dijo la viuda:

—Me alegro de que hayas encontrado en tu camino una chica irresistible. Te aseguro que ella y yo haremos buenas migas... Y no toleraré ninguna calaverada tuya.

—¿Qué dije yo? —preguntó Brian a Janet—. ¡Es la guerra!

CAPÍTULO VI

Según todas las apariencias, Peter Stone no había mentido.

Allí estaba su establecimiento, una lujosa peluquería de señoras, la cual lucía el nombre de «P. Stone».

Se fijó Brian en que la casa tenía, como poco, dos puertas destinadas a clientes, y otra más que para él, conocedor de ciertas particularidades, tenía algo de sospechosa.

—No me extrañaría que fuese éste el cuartel general de la banda en Nueva York. Incluso es posible que se reúna aquí el «estado mayor» de la misma con cierta frecuencia.

Estaba observando desde una distancia regular, cuando vio llegar una furgoneta que se dirigió a la puerta que él había considerado misteriosa.

La furgoneta pertenecía a un lavadero mecánico y un empleado descargó de ella un gran cesto de mimbre, alto, de forma cilíndrica, cuyo contenido debía pesar bastante.

Debían estar aguardándole porque se abrió la puerta que Brian, mentalmente, había calificado de misteriosa, sin que el hombre del cesto llamase en ella.

Se dejó ver un hombre procedente del interior de la casa y ayudó a entrar el cesto al supuesto empleado de la lavandería.

En la furgoneta quedó el conductor.

Salieron a poco los dos hombres y descargaron un nuevo cesto. Lo entraron también.

Y poco después descargaban y entraban el tercero.

Brian echó un vistazo a su reloj. Eran las seis menos diez de la tarde y comenzaba a anochecer.

Movió la cabeza en sentido negativo.

—No es normal que nadie trabaje un sábado hasta esta hora y

menos cuando se trata de algo que no ha de servir hasta el lunes a primeras horas de la mañana.

Antes de que saliese el empleado de la lavandería, Brian había logrado descubrir un taxi libre, al encuentro del cual marchó.

—¿Adónde vamos, señor?

—Aguarde un momento.

—Sí, señor.

Desde el taxi vio Kennedy salir al empleado de la lavandería, el cual ocupó un lugar al lado del conductor.

La furgoneta fue puesta en marcha.

—Siga a esa furgoneta —ordenó Brian.

—Sí, señor.

Siguieron a la furgoneta hasta Chinatown, en donde el vehículo fue encerrado en un local anejo a la lavandería mecánica a que correspondían los rótulos del vehículo.

No había engaño, al menos en apariencia, por el momento.

Tomó nota del nombre de la lavandería: Suzanne Preston.

Debía haber terminado el trabajo en ella, pues lo que era la lavandería estaba cerrada al público, quedando abierto un simple postigo de la puerta bastante grande.

A poco de dejar encerrada la furgoneta, tanto el conductor de la misma como su compañero abandonaban la lavandería por el postigo que Brian había visto abierto.

Los dos hombres caminaron por la calle despreocupadamente, como quienes acaban de dar fin a la tarea semanal.

Y poco después entraban en un bar inmediato.

Brian, convencido de que allí no tenía nada que hacer, dio al chófer la dirección de una casa en donde alquilaban furgonetas y otros vehículos de transporte.

Despidió el taxi y tomó una furgoneta bastante semejante a la de la lavandería.

Debía resolver el problema que tenía planteado de hacer desaparecer los tres cadáveres; y los largos cestos de ropa se lo habían dado resuelto.

Poco después adquiría y cargaba en la furgoneta tres cestos de mimbre semejantes en dimensiones y forma a los de la lavandería, y cuerdas suficientes para atarlos.

Tenía la llave del apartamento, que le había entregado Janet.

Pero dejó le furgoneta con los cestos en una pequeña transversal próxima a la salida de emergencia.

Unos minutos más tarde el ascensor le dejaba en el piso superior al que ocupaba el apartamento de Janet.

Una vez en él, cuando el ascensor reemprendió la subida, él descendió un piso.

Se produjo en silencio, deteniéndose ante la puerta del apartamento de la atractiva pelirroja.

Tanto la escalera como la caja que había llevado Stone para justificar su papel de limpiacristales, habían desaparecido.

Miró en dirección a la puerta de la señora Smith. No era probable que ella estuviese espiando.

Metió la llave en el ojo de la cerradura, la hizo girar silenciosamente y empujó.

Una vez dentro cerró con tanto silencio como el empleado para abrir.

Se mantuvo inmóvil, a un lado de la puerta, habituado su vista a la semioscuridad en que estaba sumido el apartamento, en el cual entraba un suave resplandor por la parte trasera, resplandor que apenas si llegaba a la entrada.

Aquello significaba una ligera ventaja para Brian si había alguien en el apartamento, ya que él quedaba en la parte más oscura del mismo.

Fijó Brian la mirada en el lugar en que habían quedado los cadáveres.

Vio un bulto, sólo uno. Los otros dos habían desaparecido. O al menos él no era capaz de distinguirlos.

Hubiera jurado que el que estaba allí era Peter Stone.

¿Podía haber fallado y en lugar de muertos, los otros dos estaban heridos y habían sido capaces de retirarse?

¿Estarían dentro de la casa, observándole, dispuestos tal vez a tirar contra él?

Iba a encender Brian la luz cuando el supuesto cadáver de Stone se movió.

Lo hizo con rapidez. Inconcebible en un muerto; poco probable si solamente había quedado herido.

Lo peor fue que el movimiento lo dejó sentado, encañonándole con una pistola que llevaba en la mano derecha.

—No se mueva, Kennedy, o le dejo en el sitio. Ofrece usted mejor blanco del que puede imaginar. Sobre todo, para quien está habituado a la oscuridad.

Brian no respondió. Y permaneció inmóvil, tratando de saber si realmente era Peter Stone quien le encañonaba.

No había duda que era su voz. O una imitación tan buena que resultaba insuperable.

—Creí que no se acordaba usted de nosotros... Podéis salir, muchachos.

Se movió la cortina, la misma por donde habían aparecido los dos *gangsters*, uno de los cuales había disparado, hiriendo a Stone gracias a la movilidad, e intuición de Brian.

Y aparecieron dos hombres cuyas siluetas quedabais casi difuminadas en la falta de luz.

Podían ser los dos *gangsters* contra los cuales había disparado; pero podían ser otros.

Apenas había fijado la atención eh ellos y su sustitución resultaba bastante más fácil que la de Stone.

—La verdad es que me dolían un poco los huesos de estar ahí muerto —ironizó el hombre que *le* encañonaba.

—Tal vez no estabas tan muerto como pensabas, Stone. Eso significa que la bala, destinada a mí por tu compinche, no llevaba escrito tu nombre —dijo Brian irónicamente, en un alarde de serenidad.

—No tengo ganas de bromear —dijo Stone agresivamente.

—Te sucede lo contrario que a mí. ¿Qué tal, muchachos? Parece que las balas que usáis no hacen pupa. Yo tiré contra vosotros con la pistola de Stone. Y fue uno de vosotros quien *le* dio a él. Podéis cambiar de proveedor —añadió Brian.

—He dicho que no estoy para bromas, Kennedy —dijo Stone en tono de voz más agresivo aún.

—Si no estás para bromas, te puedes largar. Nadie te llamó aquí.

—¿Es que este fulano se va a reír de nosotros? —preguntó uno de los otros dos *gangsters*.

—Habló la bestia —dijo Brian—. Me gustaría saber de qué cloaca has salido, muchacho.

El pandillero adelantó sin decir una palabra, en plan agresivo.

Era más corpulento que los muertos. Habían sido sustituidos.

Stone le advirtió:

—Cuidado, muchacho, no te interpongas entre él y mi pistola. Ahí en donde lo ves, es peligroso.

—Puede estar tranquilo. Sé cómo entrar a esos tipos.

El pandillero se había detenido al hacer su advertencia Stone. Y tras dar su respuesta fintó, dando la impresión de que iba a atacar precisamente por el lado en que cubriría a Brian de Stone.

No picó el joven, el cual se desplazó hacia el lado contrario, saliendo al encuentro de su atacante por donde éste realizaba el ataque efectivo.

Y se produjo el choque con una violencia extraordinaria, golpeándose a toma y daca, aunque salió peor librado el pandillero que se vio lanzado hacia el lugar que ocupaba Stone.

—¡Cuidado! —gritó éste.

La última advertencia llegó tarde, cuando ya el pandillero, tras tropezar contra Stone, caía hacia atrás por encima de él.

No aguardó Brian a que le atacase el que quedaba en condiciones de hacerlo y se lanzó contra él, sorprendiéndolo cuando el hombre, a la desesperada, intentaba llegar a su pistola escondida en la funda sobadera.

El movimiento le dejó la zona del hígado al descubierto y Brian la eligió como blanco, golpeando con la izquierda en un seco y preciso puñetazo que llegó limpiamente.

El hombre sintió primero un calor intenso y la sensación de que se iba a vaciar.

A continuación sintió frío y se dobló hacia adelante, impotente para proseguir la iniciada lucha.

Había bajado instintivamente las manos para proteger el hígado tardíamente y entonces recibió un golpe en el cuello, aplicado con el canto de la mano derecha.

Era más de lo que podía resistir. Se sintió sacudido por un latigazo de dolor que le fue de los pies al cerebro y cayó como fulminado, fuera de combate.

Brian recibió un golpe en una de sus tibias.

Fue un golpe duro, aplicado por Stone con el cañón de la pistola.

Brian no alzó el pie, sino que se dejó caer tratando de evitar un segundo golpe que le podía resultar fatal.

Y golpeó a su vez desde el suelo, alcanzando con un puntapié en

la barbilla al propio Stone, que aulló de dolor.

El otro pandillero había rodado después de caer sobre Stone y quedó cerca de Brian, al cual golpeó en la cabeza con un puño.

Sintió el golpe el joven artista, cuya cara rebotó de manera violenta contra el suelo.

Aturdido como estaba golpeó a su vez, calculando bien las distancias.

Su pie se estrelló en la boca del pandillero que salió lanzado hacia atrás de manera violenta.

Intentó levantarse y al hacerlo pisó el cuello de uno de sus enemigos que gritó; pero otro había logrado ponerse en pie y se lanzó sobre él, derribándolo.

Le golpearon en la cabeza con una pistola. Percibió el dolor agudo primero y el correr de la sangre después.

Realizó un esfuerzo y pudo sacudirse a un hombre de encima.

Golpeó a otro en el estómago.

Fue a Stone, el cual boqueó, cayendo de rodillas.

Sujetaron los dos pandilleros a Brian y Stone se puso en pie y comenzó a golpear con furia, tan pronto en la cara como en el cuerpo, hasta que Brian fue perdiendo energías, teniéndose que dar por vencido.

No estaba totalmente inconsciente, pero lo soltaron y cayó inevitablemente.

Stone fue a encender la luz, volvió hasta donde estaba Brian y le asestó un puntapié en un costado.

Jadeando, ordenó a los dos pandilleros:

—Amarradle las manos a la espalda. Y trabadle bien los tobillos.

Censuró al que consideraba causante del barullo.

—Ha estado a punto de darnos un disgusto. Te advertí que tuvieses cuidado. Pero tú sabes siempre más que nadie.

No se defendió el *gángster*, sino que dijo amenazador, refiriéndose a Brian:

—A este bastardo seré yo quien le vuele los sesos tan pronto llegue su momento.

—Estás hablando demasiado —criticó Stone.

Quedó claro para Brian que lo necesitaban por algo y que por tanto, no lo matarían inmediatamente.

Era ganar un tiempo; y con el tiempo, esperar que se presentase

un mínimo de probabilidades.

No opuso Brian la mínima resistencia cuando le ataron. Habría sido inútil en las condiciones en que se hallaba.

Sin embargo, dando la impresión de que cedía vencido, colocó manos y piernas de forma que las ataduras que parecían fuertes, seguras, quedaron flojas en realidad, aunque Brian mantuvo cierta tensión para dar la impresión que le convenía.

Una vez atado, fue Stone quien lo obligó a levantarse y lo lanzó contra un sillón en el cual quedó Kennedy casi incrustado.

Se miraron con expresiones en que brillaba la ira, la animosidad por parte de los tres *gangsters*.

Una burlona ironía por parte de Brian, que mantenía una vigilancia constante, un cierto optimismo, pese a lo desesperada que se pudiese considerar su situación.

Había recibido mucho castigo. Pero los tres hombres que se hallaban frente a él ofrecían huellas inequívocas de su contundente violencia.

Se fijó bien en el sorprendente Stone.

Aunque la luz encendida no era muy fuerte, quedó claro para Brian que no era Peter Stone, aunque podía ser un hermano, incluso un hermano gemelo.

—No tiene escape, Kennedy —profirió Stone con cierta dificultad, debido a las heridas de boca y labios, bastante molestas.

—Aunque así sea, Mark Wolf ha sido vengado. Amy Keller también lo ha sido. No quiero hablar de Douglas Philips. Merecía el final que ha tenido...

—Por eso mismo se lo dimos. No matamos por capricho —dijo Stone.

—No matáis. Asesináis...

—Es lo mismo.

—No es lo mismo. Yo he matado, no he asesinado. En fin, tras vengar a los dos asesinados, logré librar de la muerte a Janet Kaye... Sólo un tipo sádico, de mentalidad deformada como tu hermano, podía ser capaz de matarla fríamente.

—No nombres a mi hermano. Su cuerpo está caliente aún y me puede dar por machacarte sin pensar en las consecuencias.

—¿Y qué me importa? Estoy vencido, me vais a asesinar... Da lo mismo media hora antes que media hora después, de una forma o

de otra...

—Tienes razón...

—Pero piensa una cosa, Stone. Janet Hayes está libre, fuera de vuestro alcance. Conoce en donde está ubicada vuestra peluquería y también la lavandería de Suzanne Preston.

Brian, que observaba atentamente a su enemigo, se dio cuenta de que había logrado un buen impacto.

CAPÍTULO VII

Kennedy prosiguió:

—Janet Hayes sabe bastantes cosas...

—Como si no las supiera —dijo Stone.

—No estés tan seguro. Está bien instruida y en buenas manos. Conoce todo lo sucedido, bastante más que cuando se puso en contacto con Douglas Philips para que la defendiese.

—¡Menudo el tal Philips...! —quiso ironizar Stone sin lograrlo.

—Ella vio bien la media con que tu hermano la iba a estrangular, está dispuesta a salvar su piel... Aunque le toque salir de Norteamérica.

—Se quedará aquí; pero muerta, como Amy Keller.

—Yo estoy seguro de que no será así. Ella ayudará a la policía, se pondrá en contacto con ella si antes de dos horas no he aparecido yo. Y esa ayuda le valdrá que la vuelvan a admitir pronto.

Siguió un lapso de silencio.

Al fin preguntó Stone:

—¿Así pues, si antes de dos horas no aparece usted, ella se pondrá en contacto con la policía?

—Sí.

—Con el teniente Bates, seguramente.

—Con él o con el que esté de guardia.

Stone señaló para el teléfono y dijo:

—Le doy autorización para que la llame y le diga que se puede poner en contacto ya con la policía, porque lo vamos a matar inmediatamente.

—Eres un fanfarrón, Stone. No me darás ocasión de llamarla. Tienes demasiado miedo para eso —dijo Brian despectivamente.

Stone actuó rápidamente intentando descargar un bofetón

contra el rostro de Brian.

Éste, que había provocado su acción, lo intuyó y bajó la cabeza, escondiéndola.

Al propio tiempo encogió las rodillas y cuando el otro hubo fallado, distendió las piernas con violencia, golpeándole con dureza en el vientre.

Stone salió lanzado hacia atrás con fuerza, cayendo al suelo hecho un ovillo, llevándose ambas manos a la parte afectada por el golpe.

—A ver si nos respetamos, Stone. Tiene que permanecer clara la diferencia entre una persona y un *gángster*.

—¡Se arrepentirá de esto! —bramó cuando pudo hablar.

—Ya estoy arrepentido del todo. Me vais a matar, ¿no?

—¡Seguro!

—Si el resultado para mí va a ser el mismo, no tenía por qué privarme de una diversión como ésa.

—Se puede morir de muchas maneras.

—Ya lo sé. Pero sé que estoy en tus manos y no creo que pienses dejarme morir de viejo.

Los dos pandilleros que permanecían silenciosos, que ni siquiera se movieron cuando vieron salir despedido a Stone, se miraron reflejando asombro.

Por entero que fuese un hombre, no podían concebir que se mantuviese con aquella burlona tranquilidad, con aquel dominio de sus nervios.

Stone se había levantado, manteniéndose frente a Brian a cierta distancia de él, mirándolo con expresión que reflejaba vivo odio.

Y atacó de improviso dispuesto a golpear duramente.

Brian lo volvió a sorprender haciendo palanca en el suelo con los pies para lanzarse hacia atrás con el sillón en que se hallaba sentado.

Stone no fue capaz de frenar a tiempo. Cuando lo hizo fue para quedar braceando a punto de perder el equilibrio.

Y entonces los dos pies de Brian lo alcanzaron por debajo de la barbilla, sentándolo de un golpe.

Uno de los pandilleros golpeó a Brian, haciéndolo volver con el sillón a su posición normal.

—Lo que has hecho te costará la piel, muchacho. No se puede

pegar impunemente a un hombre que está atado, inutilizado.

—¿Es que te vas a burlar de nosotros, maldito...?

Soltó un duro insulto, al cual Brian hizo caso omiso.

Bizcó el hombre, exasperado y volvió a golpear.

Al repetir el golpe, Brian se ladeó esquivando, y el fulano se fue de bruces.

Volvió Brian a dejarse caer con el sillón, haciéndolo sobre el pandillero.

El otro, que había atendido a Stone para ayudarlo a levantarse, hubo de librar a su compinche de la comprometida situación en que lo había colocado el valeroso artista.

Al terminar, dijo dirigiéndose a Stone:

—De este fulano no sacaré nada. Cuanto antes lo liquidemos será mejor.

Iba a responder Stone haciendo ver que era el que tenía derecho a pensar, cuando rectificó y dijo:

—Creo que tienes razón. Terminemos con él antes de que nos dé un disgusto.

El otro pandillero propuso:

—Un buen peso al cuello, sujeto con un alambre. Un par de balas y ya tendrán alimento para días los peces del Hudson.

Brian intentaba ganar tiempo aunque no podía imaginar de dónde le podría llegar alguna ayuda.

Aunque por el momento había logrado aflojar bastante las ligaduras, particularmente las que le sujetaban las muñecas.

El otro pandillero opinó:

—Creo que no lo debemos sacar vivo de aquí. Este fulano es de cuidado, se las sabe todas...

—Podemos sacarlo dormido. Y ya lo despertará el aire de la noche cuando lleguemos cerca del río... —dijo el pandillero que había hecho la primera proposición.

—Mi hermano Peter murió aquí. Kennedy saldrá de este apartamento lo mismo que salió mi hermano —señaló Stone.

—¿Lo haces por vengar a tu hermano? ¿O por miedo, Stone? Yo no lo maté.

—Tú no disparaste la pistola, lo sé. Pero lo mataste.

—No es eso, Stone, es el miedo lo que te impulsa a hacer que me asesinen aquí. —Sujetad bien a ese perro. Y al sillón, para que no

pueda hacer de las suyas.

Seguro por aquella parte, se acercó Stone y golpeó a mano abierta a derecha e izquierda, en el rostro de Brian.

Luego dijo:

—Te mataremos aquí porque es más seguro; pero antes me vas a decir en dónde está escondida Janet Hayes...

—Ella está más cerca de lo que imaginas. Si se esforzase un poco, hasta nos podría oír.

—¿Quieres decir que está en este mismo edificio?

—Eso quiero decir. Puedes buscar apartamento por apartamento. Los Stone tenéis buenas amistades aquí.

Miró Stone a Brian tratando de adivinar lo que podía haber detrás de sus palabras.

El joven prosiguió, diciendo:

—Eres listo, Stone, has acertado. Me refiero a la señora Smith. Janet sabe ya que es ella la que controlaba sus movimientos para manteneros informados.

—Muchas cosas sabéis Janet y tú...

—Estáis perdidos, Stone, aunque muera yo. En realidad, mi muerte precipitará vuestra caída.

—¡No me digas! —se quiso burlar Stone.

—Mark Wolf había logrado descubrir bastantes cosas, era un chico astuto, capaz. —Pero menos. Fue fácil eliminarlo. Y eso que tuvo suerte... Porque lo podíamos haber eliminado antes: pero se escurrió.

—Él pudo hablar conmigo; poco pero pudo hablar.

El cuerpo de Stone se puso en tensión aunque su rostro reflejó incredulidad.

—Sí, Stone, aunque quieras fingir incredulidad, sabes que no miento. Y cambia de gesto, porque el de ahora es de estúpido.

—¿De manera que pudo hablar?

—Eso he dicho.

—¿Te reveló el gran secreto?

—Es algo interesante. Reveló el lugar en donde escondió los datos recopilados y las pruebas logradas contra vosotros.

—¿También las tiene Janet ahora?

—Todavía no, pero las tendrá mañana a primera hora.

—Sobra tiempo para liquidar a Janet.

—Janet entregará el resguardo del certificado a la policía para que sea ella la que se encargue de retirarlo.

—¿Qué embrollo es éste? —preguntó Stone.

—No hay embrollo. Wolf metió en un sobre todo lo que se refería a vosotros y lo certificó en una oficina de correos, a mi nombre. Fue cuando se dio cuenta de que lo seguíais de cerca...

Brian guardó silencio dándose cuenta de que el *gángster* estaba más interesado de lo que quería aparentar.

—Sigue con tu cuento.

—¿Para qué? Es un cuento, y tú no crees una palabra de lo que estoy diciendo.

—He dicho que sigas con eso, Kennedy.

—Lo que sigue es fácil de adivinar. Dejó el resguardo del certificado, bajo sobre, en una consigna. Cosió el resguardo de la consigna en el forro de su americana... ¿Sigo?

—Sigue...

—Me bastó descoser dos puntadas para que el resguardo de la consigna pasase a mis manos. ¿Está claro?

—¡He dicho que sigas! —gritó Stone al observar que Brian volvía a guardar silencio.

—Tranquilo, Stone. Tus gritos histéricos no te salvarán de la silla eléctrica. Porque no solamente hacéis contrabando humano y extorsionáis después a los que entráis clandestinamente... Sois una pandilla de asesinos. Y eso se paga en la silla eléctrica.

—¡Eso no sucederá jamás! Y sigue adelante. ¿En dónde está el resguardo de la consigna?

—Eres poco inteligente, Stone. Eres más pillo que inteligente.

—¡Termina de una vez o te machaco!

—Terminaré, pero no porque te tenga miedo. Sino para que tengas más miedo del que has embarcado, ya, que no es poco.

Brian, a pesar de los golpes recibidos, de encontrarse amarrado, en clara inferioridad, dominaba el momento, como si las situaciones estuviesen invertidas.

El joven prosiguió, diciendo.

—Mi primer trabajo esta mañana ha sido recoger de la consigna el sobre en donde se hallaba el resguardo del certificado a mi nombre. Y ese resguardo, con una autorización para que sea Janet quien lo retire, está en sus manos. ¿Qué? ¿Es un cuento? —preguntó

Brian entre desafiador y burlón.

Tras un lapso de silencio, Stone, que había paseado arriba y abajo reflexionando, dijo:

—La vida es amable, Kennedy...

—Para todos. Para Mark Wolf también lo era...

—Dejemos tranquilos a los muertos. Yo voy a olvidar a mi hermano y lo quería tanto o más que pudieses querer tú a Wolf. Éramos gemelos, no nos habíamos separado jamás...

Había emoción en la voz de Stone, emoción que lo humanizó un tanto y que Brian fue capaz de respetar.

—Escucha bien, Kennedy. Vamos a olvidar a los muertos. Nos conviene a todos. A ti también. Y a esa chica, a Janet Hayes. Una chica atractiva como hay pocas. Estoy seguro de que te has enamorado de ella.

—Si hay algo de eso, ya se lo diré a ella. ¿No crees? —preguntó con ironía Brian.

—Es natural —respondió Stone, sin molestarse por la ironía.

Poseo silencioso, para proseguir a poco:

—Para poderse lo decir tienes que vivir. Y ella también.

—Eso creo. Pero si no se lo pudiese decir en este mundo se lo diría en el otro.

—Muy ingenioso, Kennedy. Pero importa éste. Es en la tierra en donde puedes palpar la belleza de ella.

—Me encanta ese tono paternal tuyo, Stone. Sigue.

—Tú has vengado a Wolf y a la rubia Keller. Yo no he vengado a mi hermano. Sin embargo estoy dispuesto a olvidar.

—Lo supongo. La vida es buena y si intentas vengarlo te dejarás la piel aquí... Tal vez aquí mismo, en esta pieza.

No quiso darse Stone por aludido. Brian prosiguió entonces su provocación:

—Tus compinches pueden fallar y clavarte la bala que me destinarían a mí... O tal vez ellos quieran comprar el derecho a vivir tranquilos. Lo tendrías tendiéndome una mano. —¿Qué quieres decir?— preguntó Stone sin terminar de creer lo que oía.

—La cosa está clara. Vuestra organización se desmorona, caerá destrozada, muera yo o no... Si ellos me ayudan, se salvarán. Si no me ayudan caerán con la organización, contigo.

Los pandilleros se miraron asombrados, sin terminar de creer lo

que oían.

Stone interpretó a su manera las miradas de sus compinches y comenzó a desenfundar su revólver.

—Cuidado, Stone, se te puede disparar. Ellos no han dicho aún nada y tienen derecho a elegir libremente —señaló Brian en tono burlón.

—¿Por qué no termina ya con él? —preguntó el que parecía más decidido de los pandilleros dirigiéndose a Stone—. Déjemelo a mí...

—No te precipites, muchacho —aconsejó Brian—. Piensa con la cabeza. Fíjate en tu compañero.

—¿Qué pasa conmigo? —preguntó el otro sobresaltado.

—Tú eres más listo. Sabes que la ganancia está poniéndose de mi lado. Y es lógico que lo pienses aunque tus simpatías están al lado de Stone.

El más arrebatado de los dos desenfundó su pistola dispuesto a tirar.

—¡Cuidado! —advirtió Brian.

Se oyó en tan crítico momento el avisador del timbre telefónico.

Se sobresaltaron los tres *gangsters*, que miraron hacia el aparato telefónico con aprensión.

Brian aprovechó para realizar un esfuerzo considerable y aflojar las ligaduras de las manos.

La mayor dificultad estaba en la que le sujetaba por los tobillos, para soltarse la cual, aunque estaba bastante floja también, se tendría que descalzar.

Seguía sonando el avisador telefónico.

Brian dijo:

—¿Quién sabe? Podría ser la chica.

—¿Te refieres a Janet Hayes?

—Precisamente. Ella es la inquilina de este apartamento.

Stone se decidió a tomar el aparato.

—¿Sí? —preguntó.

Oyó una voz femenina y supuso que se trataba realmente de la imponente pelirroja. Preguntaron con voz que reflejaba alarma:

—¿Quién está ahí? ¿Quién es usted?

—No te alarmes, encanto. Soy Brian...

Procuró imitar la voz del joven; pero inmediatamente se dio cuenta de que no había logrado engañar a la pelirroja, la cual cortó

bruscamente la comunicación.

Brian sonrió con expresión burlona mientras Stone y sus compinches intercambiaban miradas que reflejaban indecisión y asombro.

—Le preparamos la trampa para terminar con él —dijo el pandillero más agresivo—. ¿A qué aguardamos? ¿A que vengan y nos cacen como palomitas incautas?

Tenía en la mano la pistola y la volvió contra la cabeza de Brian. Su mirada reflejó fría crueldad.

CAPÍTULO VIII

Brian había logrado soltar sus manos de las ligaduras.

Al ver que le encañonaban se agachó bruscamente, hizo luego palanca con los pies y se lanzó hacia atrás.

Retumbó en sus oídos el ruido de la detonación, al cual siguió una fuerte interjección, pronunciada por el otro pistolero que había resultado tocado.

A la violencia del golpe sufrido por Brian, que no había podido calcular bien el impulso, siguió un fuerte dolor que resultó paliado por la alegría que experimentó al notar que la ligadura que lo sujetaba por los tobillos, saltaba.

Para aumentar la confusión del momento, golpearon en la puerta del apartamento con un instrumento dura.

Se rehízo rápidamente Brian tras el golpe recibido en la caída y saltó como impulsado por un resorte, lanzándose contra el pistolero que había intentado matarle.

Un seco golpe de lucha, aplicado con el filo de la mano derecha en el puente de la nariz, hizo poner al pistolero los ojos en blanco. Y el hombre cayó, dejando escapar el arma, sobre la que se lanzó Kennedy en salto digno de un tigre.

El otro pistolero se dio cuenta del enorme peligro que corrían y se apresuró a atacar a Brian, asestándole un puntapié en un costado.

Por otra parte. Stone atacaba también a Brian, al cual había intentado encañonar en dos ocasiones.

En una de ellas, cuando iba a tirar, había salido el joven de la línea de tiro, quedando en ella uno de los pandilleros que se salvó por verdadero milagro.

Se dio cuenta Brian del riesgo que corría y rodó sobre sí mismo hasta arrollar a Stone, al cual derribó aparatosamente a pesar de

que saltó para evitarlo.

Volvieron a golpear en la puerta de manera apremiante.

Brian y Stone se habían trabado en dura lucha y giraban por el suelo dominando tan pronto uno como otro en un equilibrio de fuerzas logrado por Stone gracias al gran quebranto que Brian había sufrido.

Quedaba libre el pistolero más reflexivo, el que había sido herido levemente por el disparo de su compinche.

Pensó que estaban perdidos y se dispuso a huir.

Stone, resoplando, congestionado por el esfuerzo que tenía que realizar, contuvo su huida gritándole en un momento en que dominó a Brian:

—¡Atízale! ¿En qué piensas?

Buscó el pistolero con la mirada, no encontrando nada que le pudiese servir y se decidió por su propia pistola, la cual tomó por el cañón.

Atacó con decisión dirigiendo el golpe a la cabeza de Brian, bien sujeto en aquel momento por Stone.

Lanzando ya el golpe, impuso Brian un giro inesperado y fue Stone quien recibió el golpe, estremeciéndose de manera visible.

Relajó sus músculos un instante, pero fue suficiente para que se impusiera Brian de manera definitiva, dominándolo totalmente con rapidez inesperada.

Se asustó el *gángster*, más por haber golpeado a Stone que por el hecho de que iba a quedar solo frente al implacable e irresistible Kennedy.

Se dispuso a hacer fuego contra éste, un tanto a la desesperada.

Pero Brian se había levantado, obligando a Stone a hacerlo con él para que le sirviera de escudo.

En aquella ocasión fue el pistolero quien hubo de contenerse para no matar a Stone.

El otro pistolero comenzaba a dar señales de vida. Abrió los ojos y pese a su aturdimiento, tuvo suficiente con una mirada para darse cuenta de la peligrosa situación en que se hallaban.

Realizó un esfuerzo, escupió una maldición y se movió apresuradamente, sin levantarse, para apoderarse de su caída pistola.

Brian se había cubierto una y otra vez con el cuerpo de Stone,

que se iba reponiendo e intentaba presentar resistencia.

Lo lanzó Kennedy con violencia contra el pistolero que intentaba matarle, y los dos hombres cayeron al suelo con violencia.

Pero Brian quedaba al descubierto, a merced de dos pistolas.

Se lanzó contra el que había dormido, el cual ofrecía más peligro en aquel momento, y le arrebató el arma de un puntapié.

Se movieron las cortinas de la puerta que comunicaba con el interior del apartamento y apareció antes que nada la boca de fuego de una escopeta de dos cañones.

—¡Quieto, muchacho, o le vuelo lo que pueda tener debajo del pelo! —amenazaron.

Fue el pistolero herido, que mantenía la pistola en su derecha, el que recibió la directa amenaza de la escopeta cuyo doble cañón había sido apoyado contra su cabeza.

Tras la escopeta había aparecido la señora Lowe, tía de Brian, la cual hizo un gracioso guiño de inteligencia a su sobrino.

—Parece que hemos llegado a tiempo.

—Muy a tiempo. ¿Está ella ahí?

—¡Naturalmente que está ahí! ¿Crees que te podrás librar de ella? ¡Pues no! Está claro que a los hombres no se os puede dejar solos.

—No estaba solo. Tenía una muy grata compañía —respondió Brian aludiendo humorísticamente a los tres *gangsters*.

—Ya he podido darme cuenta de ella. Os entendíais tan bien que bailabais y todo, sin necesidad de música.

Sin dejar de hablar, Brian se había apoderado de la pistola que esgrimía el *gángster* más directamente amenazado por la escopeta.

—No somos nadie, muchacho. No hace mucho discutíais la manera de eliminarme... Ahora tendréis que discutir cuál de los tres ha sido más estúpido.

Recogió a continuación la otra pistola y el revólver que había sacado Stone.

—Un arma contundente, Stone. Y muy segura —comentó Brian—. Pero un arma en sí no es nada. Tiene que haber un hombre de verdad tras ella.

—Si se presentase otra ocasión, no te burlarías de mí, Kennedy.

—No se volverá a presentar. No bromeo nada más que cuando me conviene. En pie los tres con los brazos en alto y de cara a la

pared —ordenó el joven.

La señora Lowe ayudó con su escopeta a que se levantase uno de los pistoleros que escudándose en su leve herida, se mostraba reacio a obedecer.

—Vamos, muchacho. No hagas enfadar a esta pobre vieja reumática —animó con no menos humor del que había manifestado Kennedy.

Éste, una vez tuvo a los tres hombres de cara a la pared, los cacheó escrupulosamente, dejándolos sin las otras armas que llevaban, y todo lo que se refería a documentación o dinero.

Mientras terminaba su tarea en tal sentido, explicó humorísticamente a la señora Lowe:

—Antiguamente había pueblos que enterraban a sus muertos junto con sus bienes, para que no careciesen de nada en la otra vida. Hasta que se descubrió que allí no aceptan esta clase de moneda.

—¿Ni siquiera el dólar? —preguntó la señora Lowe con expresión de travesura.

—Ni siquiera el dólar. A pesar de nuestras reservas oro... Y tampoco se sabe de nadie que haya vuelto de allá para gastar el dinero que se llevó consigo.

—Bueno, pero estos muchachos no están muertos.

—Pero lo estarán. Los pobres peces del Hudson están hambrientos y yo no estoy dispuesto a sacrificarme.

—Brian, si echas este pasto a los peces del Hudson, no te lo agradecerán nada.

—¿Éstos?

—No, los peces. Los envenenarías y envenenarías las aguas, desde donde los echas, hasta la desembocadura.

—¿Qué tal si le abrimos a la chica? —propuso Brian.

—Nada que oponer. Estará impaciente... Espero que los podrás mantener a raya solito.

—Espero que sí.

—En ese caso voy a abrir.

—Para que no se asuste, avísale que está aquí Stone, Es hermano gemelo del otro, de Peter.

—Me dijo que le había parecido su voz —dijo la señora Lowe.

—Se parecen hasta en la voz. Y eso que intentó imitar la mía. ¿Desde dónde telefoneó?

—Desde un apartamento contiguo. Yo estaba ya en éste y le hice la señal para que telefonease. E inmediatamente pasó ahí para distraer la atención de estos caballeretes y darme así mejores posibilidades de sorprenderles.

—Un buen plan... —aprobó Brian.

—Yo también leo novelas policíacas y sé cómo se deben hacer las cosas. ¿Qué habías creído? —preguntó la vieja.

Abrió la señora Lowe la puerta y entró Janet empuñando el bastón que normalmente usaba la señora Lowe.

—Yo tenía la escopeta para apoyarme —explicó la vieja.

Los dos jóvenes se estrecharon las manos con fuerza emotiva.

—Pasé un buen susto cuando comprendí que estabas en manos de ellos.

—¿Qué te hizo pensar eso?

—Sabía que tenías que retirar los cadáveres de los otros. Era lógico suponer que aguardarías a la noche.

—Bien deducido. Adelante.

—Además, al llegar, vimos la furgoneta con los tres cestos... Pensamos que era cosa tuya para llevarte los cadáveres en ellos.

—Acertasteis también.

—Cuando llamé por teléfono esperaba que me respondieras tú. Al no responder, la cosa estaba clara. Además, me pareció que era la voz del otro Stone tratando de imitarte.

—Una mala imitación.

—Y tan mala. Aunque hubiese sido tu voz, al hablar como lo hizo él, de forma tan diferente a como hubieses hablado tú...

—¿Cómo hubiese hablado yo?

—Con más dulzura y respeto a la vez. Tu voz habría resultado apasionada, la de él era la de un fulano que anda en busca de una sucia aventura amorosa.

Kennedy aprobó con el gesto y preguntó a Stone:

—¿Te has enterado, peluquero?

—Me he enterado —respondió Stone en tono de fastidio.

—Lo malo es que aprendéis mal y tarde. No creo que te sirva de nada haber aprendido eso.

—No estés tan seguro.

Brian deseaba abreviar y se apresuró a amordazar y amarrar de pies y manos a los tres hombres.

—¿Has visto a la señora Smith?

—No. He procurado evitarla.

—¿Tienes idea de si habrá estado espiando?

—No he podido darme cuenta. Si estaba en su apartamento, seguro que lo habrá hecho.

—¿Se oyó ruido de lucha?

—No demasiado, gracias al silenciador de las pistolas. Hoy, como sábado, apenas si hay gente en sus casas y la que hay, o no se ha dado cuenta o no ha querido enterarse de lo que pasaba.

—Más fácil lo último. Eluden responsabilidades y lo comprendo. Esta gente actúa sin piedad contra los que pueden ofrecer una declaración en contra de ellos.

—¿Qué piensas hacer?

—No lo sé, aún, lo pensaremos. Hay que sacarlos de aquí. Este local es bien conocido de ellos.

—¿Tienes a dónde llevarlos? —preguntó la señora Lowe.

—No.

—¿Recuerdas la vieja cabaña de pesca de tu tío? —preguntó la señora Lowe.

—No había pensado en ella. Creí que la habías vendido.

—No la he vendido. Voy allá algunas veces.

—Es un buen lugar. No se hable más.

—¿Vas a subir los cestos?

—No es necesario. Es más incómodo. Al ser cadáveres era diferente. Con éstos me preocupa bastante menos que me pueda descubrir la policía.

—¿No confías en el personal del ascensor, o del montacargas?

—En esta finca no se puede confiar en nadie, como no sea en las víctimas de estos granujas.

Janet aprobó con el gesto y dijo luego:

—La pareja que vive en el apartamento desde el que Sernos llamado, están en la misma situación; les he advertido y se marchan.

—¿Tienen a dónde ir?

—Sí. Sé en dónde es... No tendrán inconveniente en servir de testimonio si se descubre a los que dirigen la organización y se les ofrece la posibilidad de quedarse en el país.

—Lo intentaremos... Vale la pena que las autoridades de

inmigración abran un poco la mano.

—¿Entonces...? —preguntó Janet dirigiéndose a Brian.

—Los bajaré de uno en uno por la escalera de emergencia. Puedes aguardar abajo. Mi tía quedará aquí y bajará cuando yo haya cargado con el último.

Iban a iniciar el trabajo cuando sonó el repiquetear del avisador telefónico.

Tomó Kennedy el aparato telefónico y dijo seriamente:

—Aquí Smith y Jameson, clínica para enfermos mentales.

Le interrumpieron bruscamente:

—¡Déjese de hacer chistes! Sé perfectamente a qué lugar he llamado.

—¡Magnífico! Porque yo no sé en dónde estoy. ¿Puede decírmelo?

—¡Escuche, Kennedy! Me está fastidiando usted más de la cuenta —dijeron con expresión autoritaria.

—¿Sí? Pues prepárese. No he hecho más que empezar.

—Usted va a hacer lo que yo le diga si quiere ahorrar un serio quebranto a un montón de gente.

—No se canse. Pienso hacer la mía...

—¡Usted será responsable...! —comenzó a decir el individuo en tono amenazador.

Eh aquella ocasión fue Brian quien interrumpió para decir:

—No amenace, es inútil. Tres o cuatro muertos más no importa. Muere mucha gente todos los días. Interesa destrozar su organización criminal. Y a usted con ella.

—No lo conseguirá.

—¿Por qué pide árnica si no lo voy a conseguir?

—¡No pido árnica! ¡No le tengo miedo! —gritó el individuo.

—¿Por qué grita? Usted sabe que todo su almacén se está tambaleando. El asesinato de Wolf no dejará de dar su fruto... Y ahora déjeme en paz.

—¡Escuche antes de que sea tarde! ¡Suelte a Stone y a los otros dos o le aseguro...!

No le dejó terminar Brian, el cual se apresuró acortar la comunicación.

Y dijo seguidamente a las dos mujeres:

—Vamos. Trata de entretenernos aquí, de ganar tiempo...

—¿Entonces...? ¿Los vamos a dejar?

—Nos los llevaremos en el ascensor y por su pie.

Cortó rápidamente las ligaduras, y pistola en mano obligó a salir a los tres hombres, metiéndose con ellos y su tía en el ascensor, mientras Janet, armada también, descendió por la escalera para prevenir cualquier incidente, cualquier sorpresa.

En la calle no había apenas movimiento y la gente ocupada cada cual en lo suyo, no se percató de lo que sucedía.

Los tres hombres iban en el centro del grupo, marchando Janet delante, la señora Lowe a un lado y Brian detrás, quedando cubierto el otro flanco con la correspondiente pared, pegados a la cual hicieron el desplazamiento.

Pasó rápidamente la parte más difícil, llegando pronto al lugar en donde aguardaba la furgoneta.

Los tres granujas fueron atados nuevamente por los tobillos, repasó Brian concienzudamente las restantes ligaduras, así como las mordazas y cada uno de ellos pasó a ocupar su sitio en el cesto respectivo, cestos que fueron atados también concienzudamente por Brian.

Las dos mujeres pasaron al interior de la furgoneta, para vigilar a los *gangsters* y Brian se hizo cargo del volante del vehículo, iniciando la marcha inmediatamente.

No se habían separado ni cuarenta yardas del lugar, cuando vieron pasar dos automóviles, uno de los cuales pasó a ocupar el lugar en donde había estado la furgoneta mientras el otro se detenía frente a la casa.

De ambos vehículos salieron algunos hombres de manera rápida.

Brian no hizo comentario alguno cuando Janet asomó por la ventanilla para preguntarle:

—¿Has visto?

—He visto.

—Eran ellos.

—Es de suponer.

—Espero que no se hayan dado cuenta de nuestra presencia.

—No te preocupes.

Varió Brian la dirección que había llevado, maniobrando hábilmente hasta que se hubieron alejado bastante de lo que podían considerar zona peligrosa.

Y finalmente puso rumbo hacia el «Henry Hudson Bridge» para dirigirse a la que había sido cabaña de pesca de su tío.

Pensó que era un buen lugar para pasar el fin de semana, un fin de semana que no estaba proyectado, que surgía inesperadamente.

—Suelen ser los más agradables —pensó en plan, optimista.

CAPÍTULO IX

Apenas rebasado el puente de Henry Hudson, descubrió Brian un taxi libre y detuvo la furgoneta.

Tomó el taxi, comprometiéndolo, y se dirigió luego a abrir la furgoneta.

—Pueden bajar.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó asombrada la señora Lowe.

—Hemos llegado.

Se dio cuenta la tía de Brian del lugar en que estaban cuando él la conducía ya en dirección al taxi.

—¡La cabaña de pesca está lejos aún!

—Lo tengo en cuenta. Y el camino es malo. Ahí dentro van muy incómodas...

—Veo que no pierdes tus buenas cualidades, Brian. Piensas en los demás tanto o más que en ti mismo.

Janet opuso:

—¿Es que vas a dejar a esos tres ahí solos, sin vigilancia?

—Haré un repaso antes de reanudar la marcha. Los cestos son nuevos, las cuerdas también; y ellos no tienen probabilidad alguna, como no sea romperse los huesos. —Pero no creo que debamos dejarte solo...

—No me dejáis solo. Os llevo conmigo, en mi corazón. Y yendo en el taxi no temeré por tus huesos. Vamos, sube.

Había ayudado a subir a su tía y ayudó también a Janet.

—El taxista tiene ya instrucciones —dijo.

Sonrió el del taxi con expresión de complicidad y puso su automóvil en marcha en dirección a la residencia habitual de la señora Lowe.

Brian hizo una rápida revisión de su carga, cerró bien la

furgoneta y volvió a situarse al volante de la misma, siguiendo detrás del taxi para confiar a las dos mujeres en los primeros momentos.

Asomaron ellas por la ventanilla trasera para cerciorarse de que les seguía.

Y de improviso, aprovechando un momento que el taxi había aumentado la velocidad siguiendo sus instrucciones, derivó por un camino que le debía conducir a su destino.

Si todo estaba como antaño, sabía bien en donde podría encontrar una llave para entrar en la cabaña.

Había sido una idea de su tío tener la llave escondida en tal lugar, por si alguna vez la olvidaba o si se le ocurría ir de improviso.

En caso de que no estuviera, forzaría una de las ventanas.

—Cuando la tía ha dicho de venir a la cabaña, es que la llave está ahí. Porque a ella no se le habría ocurrido cargar con ella cuando salió de casa. No podía prever que íbamos a venir a ella.

Cuando llegó a la cabaña se aseguró antes que nada de la existencia de la llave en el escondite, un escondite que conocían únicamente los componentes del matrimonio y él. Encontró la llave. Y la probó inmediatamente.

Una vez abrió pudo darse cuenta pronto de que todo estaba como en vida de su tío.

Se sintió emocionado.

—Lo mantiene todo como si él hubiese de volver alguna vez a pescar. Resulta emocionante. Pero no estamos ahora para sentimentalismos, aunque entrar a estos indeseables aquí es casi como cometer una profanación.

Abrió la furgoneta y descargó los cestos uno tras otro entrándolos en la cabaña.

Destapó primero el correspondiente a Stone, el cual incapaz de sostenerse, hubiera caído de no sujetarlo Kennedy.

Lo despojó de la mordaza.

—¿Qué tal el viaje, Stone?

Tomó aire el granuja, y dijo al fin de manera entrecortada:

—¡Esto es inhumano, bestial!

—¡Vaya! Resultas sorprendente, Stone. Comienzo a descubrir en ti una fibra humana, algo de lo que te creí carente.

—Búrlate ahora que puedes.

—Siéntate... Y no pienses que me burlo. Os pasáis los años haciendo daño, engañando gente, robándola, extorsionándola, haciéndola trabajar para vosotros, llevándola al borde de la desesperación, asesinandola si se rebela. ¿Es eso humano, Stone? —preguntó Brian.

En aquel momento estaba enfadado, intuyó Stone que podía descargar la tormenta sobre él y bajó la mirada al suelo.

—Vamos, responde. ¿Es humano lo que hacéis con gente que confía en vosotros, que gasta su último centavo dejándolo en vuestras uñas esperando encontrar una mejor vida en nuestro país? ¡Responde! —exigió.

—No, tienes razón.

—En tal caso será mejor que no hables más que lo justo cuando yo te pregunte. Reserva tus fuerzas para entonces porque las vas a necesitar.

Stone dirigió una desolada mirada en torno, lamentando la ausencia de las dos mujeres, seguro de que en presencia de ellas, Brian no actuaría de la misma forma que estando ausentes.

Uno primero, otro después, sacó Brian a los dos pistoleros de sus respectivos cestos.

Presentaban en cara y manos, lo mismo que Stone, huellas de la lucha sostenida y de la incomodidad del viaje, dando sacudidas en el interior de los cestos de mimbre.

Ninguno de los dos pistoleros se sintió con fuerzas para hacer el menor reproche, dejándose caer en el suelo cuando Brian los hubo despojado de sus mordazas.

—Podéis sentaros.

—Estoy mejor tendido —dijo uno de ellos.

El otro significó lo mismo con un movimiento de cabeza.

El primero de ellos era el que había resultado herido el que se había mostrado más reflexivo, menos violento, y Brian se dirigió a él para decirle:

—Tuviste en tus manos la mejor posibilidad de tu vida y no fuiste capaz de aprovecharla, por miedo... Sí, miedo a Stone, a éste otro... Es como si dijésemos, miedo a los fantasmas, porque son eso, fantasmas, lo mismo que tú.

El hombre tragó saliva y se mantuvo silencioso.

—No necesité de ti para salir adelante. Y si me hubieses tendido la mano, ahora serías un hombre... Otra vez procura no ser tan cobarde...

Stone se dirigió con expresión exaltada al pistolero, al cual dijo:

—¡Ten cuidado! Te está preparando para algo que sería tu desastre, lo peor que te podría suceder.

Giró Brian lentamente para volver sobre Stone, al cual dijo a media voz:

—Recuerda lo que te he dicho no hace mucho. Guarda tus fuerzas para cuando te pregunte.

Para que se hiciera a una idea de lo que podía suceder, le golpeó con precisión, pero con escasa fuerza, la nariz, haciendo que le saltasen las lágrimas.

—Ya te lo he dicho, Stone. Cuidado... Y ocúpate exclusivamente de lo tuyo, ¿entendido? —Sí.

—¿Cuál es tu nombre, Stone?

—Paul.

—¿Esa hermosa peluquería es tuya o era de tu hermano?

—De los dos. Pero figura a mi nombre.

—Comprendo. Eras más importante que él. Siempre fuiste delante de él en todo. Más inteligente, más fuerte, más entero... Y tú lo has protegido, has tirado de él, lo has levantado contigo.

—He hecho lo que debía.

—No, Stone. Debías haberlo llevado por otro camino. Él lo hubiera seguido igual. Y ahora no sería un cadáver.

—Dejemos eso si te es igual.

—Quería dejar aclaradas cosas... ¿Qué papel desempeñaba tu hermano en la organización?

—Sabes bastante... Cobraba a nuestros «asociados,» les protegía si era necesario.

—Los quitaba de en medio si alguien lo mandaba...

—Sabes bastante. ¿A qué seguir?

—Tienes razón. Por el momento vamos a dejar a Peter. Y hablemos de Paul. ¿Qué es lo tuyo en la organización?

Carraspeó Paul Stone, a pesar de que aguardaba la pregunta. Y respondió:

—Por el estilo que mi hermano. Aunque se podría decir que él dependía de mí. Pero hacíamos el mismo trabajo, aunque la

responsabilidad era mía.

—La responsabilidad ante el jefe, ¿no?

—Sí.

Guardó silencio Brian, sonriendo burlonamente, habiendo que Stone llegase a sentirse inquieto.

—Estás mintiendo, Paul. Pero vamos a dejarlo de momento también. A ti te tengo; prácticamente, me interesas poco ya. Quien me interesa es el jefe...

Sonrió Stone con estúpida expresión. Y dijo:

—El jefe... Claro, el jefe...

—Exactamente, el jefe. ¿Quién es?

Stone señaló un gesto ambiguo. Y respondió lentamente:

—Tal vez no lo creas, pero la verdad es que no lo conozco. No lo conoce nadie... —Seguramente, ni su madre— dijo Brian en tono burlón, que resultó inquietante para el interrogado.

—Es la verdad. Ninguno de los que trabajamos para él lo conocemos...

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kennedy.

Paul Stone vaciló antes de responder:

—Esas cosas se saben. Algunos de nosotros nos vemos a veces.

—Parece que tus facultades pensantes han quedado un poco mermadas por los golpes y se te ve el plumero.

Se volvió para decir a los otros dos:

—No os acerquéis el uno al otro porque os machaco. Vuestra obligación es intentar huir. La mía evitar que huyáis. Y la cumpliré.

Volvió a Stone para decirle:

—Por el momento voy a creer que no conoces al jefe, pero conoces a otros. ¿Quiénes son?

—No lo sé tampoco. No nos conocemos por los nombres. El jefe ha sabido organizarnos bien y una de las cosas que nos impuso fue que trabajásemos entre nosotros con una contraseña.

—¿Cuál es la tuya?

—«Míster Hair».

—Supongo que Wolf había logrado el esquema de vuestra organización. Pero hoy es sábado y hasta el lunes no lo tendré. Por tanto, me lo vas a dar tú. Sin resistencia. Estoy tolerándote demasiada ignorancia y me estoy cansando.

—Es muy simple. Tenemos la ciudad organizada en

demarcaciones y cada cual tiene la suya. Nadie pisa la de otro.

—¿Y cuándo un «asociado», como los llamáis, pasa a residir de una demarcación a otra, qué sucede?

—Depende de la situación. A veces sigue perteneciendo a la misma demarcación. Otras veces depende de la otra a que ha ido a vivir, y se ofrece una compensación al que ha perdido el «asociado» en beneficio de otra demarcación.

—No intentes hacerme creer que es el jefe quien lleva directamente el trabajo con cada jefe de demarcación.

—Verá, Kennedy, yo...

—El segundo de a bordo eres tú, Paul Stone. Eres la mano derecha del jefe. Tu hermano Peter sí podía ser jefe de demarcación...

Se había colocado Brian en actitud claramente amenazadora, manteniendo a Stone al alcance de sus manos.

Tardó en llegar la respuesta. Cuando llegó fue afirmativa.

—Es así.

—Bien, Stone. Vas entrando por el camino de la razón. ¿Quién tiene los ficheros?

—¿Qué ficheros?

—No intentes ganar tiempo. Habrá un fichero general y luego cada jefe de demarcación tendrá el suyo. Sé que tenéis bien controlada a la gente y eso no se hace de memoria.

Stone sabía, que el jefe de la organización no ignoraba que él estaba en manos de Kennedy. Por tanto era de suponer que habría hecho retirar el fichero de su casa.

Y admitió:

—El fichero general está en mi casa. Figuran como clientes y proveedores. Para justificarlo mejor, montamos por eso un anejo de peluquería para caballeros.

—¿Alguna clave?

—No. Si por un azar nos pillasen un fichero en clave, sospecharían. Así parece todo normal.

—Vas bien. Aunque has concedido eso porque supones que el jefe habrá hecho retirar ya el fichero de tu casa. ¿Quiénes son los demás jefes de demarcación? Aparte tu hermano, naturalmente.

—No lo sé, de verdad. Lo único que te puedo decir es que se trata de gente honorable, todos están establecidos.

—Puede que estén establecidos; pero de honorables no tienen nada. Las cosas, claras. —Comprende...

—Viven honorablemente en apariencia.

—Eso es.

—¿En dónde os reunís? No me digas que lo ignoras.

—En mi casa.

—Mientes.

—Asestó Brian dos bofetones a Stone de manera inesperada, a derecha e izquierda, haciendo oscilar su cabeza.

—Nos reunimos en una lavandería.

—¿La de Suzanne Preston?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—He investigado. Y parece que no soy tonto del todo —dijo Brian.

Preguntó a continuación:

—¿Quién convoca?

—Eso es cosa del jefe. Es él quien tiene el fichero.

—¿Qué habéis hecho del cadáver de tu hermano y de los otros dos pistoleros?

—No lo sé. Supongo que los enterrarán.

—Sin embargo los han descargado en tu casa.

Stone dio un respingo. Y exclamó:

—¡No es posible que lo sepas! De saberlo no habrías arriesgado a ir al apartamento de Janet.

—En aquel momento ignoraba que era precisamente eso lo que descargaban, pero lo he sabido luego, por deducción. No hay ningún misterio, no tengo alianza con el diablo. Simplemente, empleo la cabeza para pensar.

Brian se puso en pie.

—Verás que no me gusta maltratar a la gente innecesariamente. He tenido paciencia contigo.

—No me he quejado.

—Si has mentido, cuando regrese, no te tendré compasión. Si necesito saber algo más, procura ir refrescando la memoria y soltar la lengua sin hacerme hablar.

—¿Y si te sucede algo?

—Seréis entregados a la policía, naturalmente. Janet se encargará de ello.

—¿Cuál puede ser el precio de mi libertad y la de ellos? — preguntó Stone.

—Has tardado en hablar. Por el momento no hay oferta. Ya veremos más adelante. Comenzó Brian unos preparativos poco tranquilizadores para sus prisioneros. Sonriendo, como si se tratase de una broma, les explicó:

—Os dejaré bien atados, separados para que no os podáis ayudar. Si realizáis el mínimo esfuerzo para soltaros, cualquiera que lo haga, se producirá una explosión a la cual seguirá un incendio. Y ya podéis suponer lo que quedará de vosotros al final. Comprendieron que no bromeaba.

CAPÍTULO X

Brian Kennedy devolvió la furgoneta alquilada y tomó en las mismas condiciones un automóvil potente, veloz, pero de los que no llaman la atención por su carrocería.

Poco después el joven ilustrador estaba de nuevo frente al establecimiento de Stone. Habían cerrado ya y no se podía advertir en él movimiento alguno. Comenzó Brian a dar la vuelta a la manzana, no muy grande, haciéndolo a marcha mínima, permisible en aquel momento por la carencia de tráfico rodado en el lugar.

En un bajo que debía comunicar por dentro con la peluquería de señoras, descubrió la peluquería de caballeros que no había visto en su anterior visita.

Estaba a nombre de P. Stone. Podía interpretarse lo mismo Paul que Peter.

Al lado de la misma peluquería de caballeros estaba el establecimiento de un taxidermista llamado Henry Newman, el cual era a la vez doctor en veterinaria.

A continuación del taxidermista y veterinario, estaba la tienda de un anticuario, llamado Frank Halford...

Seguía una funeraria cuyo propietario según el letrero en negro y oro de la puerta, era Steve Michael.

Completó la vuelta a la manzana para volver a repasar los establecimientos que habían llamado su atención.

Entonces pudo apreciar que estaban todos en un mismo edificio que daba a tres calles. Y los extremos eran precisamente Stone y el funerario Steve Michael.

Para Kennedy no cupo duda alguna de que los cadáveres habían sido llevados en cestos de ropa a la peluquería.

Era una buena forma para no llamar la atención llevando los

coches funerarios a la proximidad del apartamento de Janet.

—Los habrán pasado por dentro a la funeraria. Y una vez en ella no llamará la atención que saquen los tres cadáveres en otros tantos coches fúnebres, puesto que es lo de ellos. Sin embargo había algo que no resultaba fácil resolver.

O de la funeraria lograban la falsificación de documentos para que pudiesen admitir los cadáveres en algún cementerio o ellos poseían un cementerio en el cual como es natural, no les exigirían nada.

No corrían más riesgo que el de sufrir una inspección, pero tal hecho no se daba, a menos que existiera una denuncia concreta.

Kennedy, al llegar a tal punto en sus deducciones, intuyo que se hallaba ante una asociación del crimen bastante más poderosa de lo que había imaginado en principio.

Dispuesto a ir penetrando en las posibilidades de la organización, Brian detuvo el automóvil, cruzó la calle y penetró en la oficina de la funeraria.

Fue recibido por una linda empleada.

—Buenas tardes, señorita. Estoy un tanto desorientado y tal vez usted pueda informarme.

—Usted dirá en qué puedo servirle.

—A no tratarse de un asunto triste le diría que podría servirme para muchas cosas y todas ellas agradables —expresó Brian mirándola acariciadoramente.

Sonrió la chica agradeciendo las palabras del apuesto Kennedy. Y dijo:

—Pero...

—Justamente, pero... Se refiere a unos parientes lejanos recién llegados a la ciudad. Yo mismo estoy instalado aquí hace muy poco tiempo.

—¿Algún fallecimiento...? —preguntó la chica para facilitar la gestión a Brian.

—No ha fallecido aún, pero es cuestión de horas, lo ha dicho el médico y temo que no se equivoque.

—Basta que nos traigan el certificado médico y nos encargaremos de todo, desde la capilla hasta el cementerio. No tienen más que pagar al final de todo.

—Así, pues, lo tienen bien organizado.

—Es de lo más completo que podría encontrar.

—¿Tarifas...? —preguntó Brian.

—Iba a dárselas.

Entregó la joven a Brian dos impresos bien confeccionados.

—Ahí tiene todo lo que pueda necesitar.

—Muchas gracias... ¿Situación del cementerio?

—Un poco lejos, pero en Nueva York no se deben contar distancias. Además, está bien comunicado, en un lugar retirado, cerca del mar...

—¿Cerca del mar? ¡Magnífico! Mi pobre tío ha sido marino y adora el mar.

—El cementerio queda a poco más de dos horas y media en ferrocarril.

—¿Dos horas y media? En realidad eso no significa gran cosa...

—Está próximo a lugares en donde los fines de semana resultan deliciosos. Es fácil compaginar la visita al muerto, querido, con el agradable descanso.

—Resulta usted convincente, señorita. Tan pronto la vi comprendí que debía ser necesariamente así.

—Gracias, muy amable por su parte.

—Espero que las tarifas resulten aceptables y caso de desgracia, volveré.

—Le serviremos gustosos.

—Y si no hay desgracia, puede que vuelva también. A usted le gustará bailar...

—Bueno, si el chico gusta y la convence a una...

Ilustró sus palabras con una graciosa sonrisa.

—Espero convencerla. Hasta pronto.

Se alejó Brian en el auto, haciéndolo marchar en dirección a Chinatown, el lugar en donde se hallaba ubicada la lavandería de Suzanne Preston, en una de cuyas furgonetas habían sido trasladados los cadáveres.

Lo dejó en una zona de aparcamiento cerca de la lavandería. Entre los autos que se hallaban estacionados allí, reconoció los dos que había cruzado cuando se alejaba del apartamento de Janet, en la furgoneta, conduciendo a Stone y los dos pistoleros.

Sin apearse de su automóvil tomó nota de las matrículas de ambos vehículos, dispuesto a averiguar los nombres de sus dueños.

Como quien pasea sin nada concreto que hacer, se acercó a la lavandería, deteniéndose ante la puerta de la misma a encender un cigarrillo.

El postigo que estaba abierto cuando su anterior visita, se hallaba cerrado.

Por las rendijas de la puerta no se apreciaba rayo alguno de luz que indicase el que estuviesen dentro. Y tampoco se oía ruido alguno.

Lo mismo sucedía con el pequeño garaje en donde los dos hombres habían encerrado la furgoneta.

Brian, tras una breve espera, evitando hacerse sospechoso si había alguien vigilando, siguió su camino en dirección al bar en donde habían entrado el conductor y el mozo de la furgoneta.

Echó un vistazo desde el exterior.

Estaba puesto el bar con modestia, a pesar de lo cual, o tal vez por lo mismo, gozaba de abundante clientela.

Entró Kennedy y en el primer momento se sintió desorientado.

Un camarero se le acercó, preguntándole:

—¿Busca a alguien?

—¡Oh, no! Estoy sorprendido. He pasado algunas veces por aquí jamás se me había ocurrido entrar. Hay gran concurrencia.

—Es el día de mayor concurrencia, señor. Aunque normalmente no nos podemos quejar. Servimos bien.

—No lo dudo. Y creo que haré aquí una ligera cena.

—Si prefiere hacerlo sentado, estará más cómodo y más tranquilo dentro. ¿Tiene la bondad de seguirme?

—Con mucho gusto.

Seguió al camarero y al llegar al final de la sala descubrió que ésta tenía forma de ele mayúscula.

Lo situó en la cercanía de un rincón que formaba lo que se podía llamar vértice exterior de la conjunción de los dos palos de la ele.

A su izquierda, en lo que se podía considerar el palo más corto y bajo de la ele, había una sola mesa larga, ocupada por nueve hombres y una mujer.

Vestían bien todos ellos, aunque sin alardes. Y por cómo estaban, daba la sensación de que aquel sector estaba reservado exclusivamente a los reunidos en torno a la mesa.

Brian, después de lo que se había movido, de lo que había

luchado, tenía apetito. Sin embargo encargó una cena frugal, preocupándose más de la calidad que de la cantidad.

Y mientras aguardaba a que le sirviesen primero y mientras cenaba después, procuró observar con disimulo a los reunidos.

Se dio cuenta de que, pese a su aparente normalidad, les preocupaba algo.

Hablaban de forma comedida sin embargo, mostrándose todos atentos con el que hablaba.

Otra de las observaciones que hizo fue que el hombre que llevaba el peso de la conversación era relativamente joven y se advertía en él dinamismo, vigor e inteligencia.

Recordó la llamada que le había hecho el «jefe» exigiéndole la libertad de Stone y los otros dos pandilleros.

Y pensó que el tipo físico del que hablaba, su forma de comportarse, su energía, cuadraban bien con el que le había llamado.

Procuró Brian retratar en su mente las fisonomías, en particular las que consideró correspondían a los más importantes de entre ellos.

Supuso que la mujer era Suzanne Preston.

Era una atractiva mujer morena, de grandes ojos verdes, cuya edad debía frisar en los treinta y cuatro a treinta y cinco años.

No hablaba demasiado, pero debía hacerlo con acierto cuando intervenía, pues era escuchada con atención y respeto por los demás.

Terminada la cena tomó café, pagó y se alejó después de dar una generosa propina.

Volvió al auto.

Con disimulo, convencido de que no era observado, aprovechó para encender un cigarrillo y mirar, a la llama del encendedor, a qué nombres estaban extendidos los permisos de los dos automóviles que llamaran su atención.

Uno estaba a nombre del dueño de la funeraria, Steve Michael.

El otro estaba a nombre de Henry Newman, el veterinario y taxidermista.

Volvió a su automóvil y se alejó cosa de un par de cuadras, hasta encontrar un teléfono público.

El tipo que más había llamado su atención no correspondía al

que podía ser veterinario y taxidermista. Pero podía corresponder a Steve Michael, dueño de la funeraria.

Llamó por teléfono al bar-restaurante en donde deberían hallarse reunidos aún.

Cuando correspondieron a su llamada, pidió:

—Por favor, ¿quiere avisar al señor Steve Michael? Sí, de parte de «míster Hair». Puede decirle que es urgente.

Imaginó las expresiones de los reunidos cuando llegase el recado de que llamaba «míster Hair».

No tardó en escuchar la misma voz que le había hablado reclamando la libertad de Stone.

No se había equivocado. Tenía localizado al jefe de la organización, lo cual significaba que Stone había mentido, ya que se tenían que conocer bien, de manera forzosa.

—¿Sí? —preguntaron.

—«Míster Hair» al habla... —anunció Brian.

Siguió un corto lapso de silencio. Y Brian percibió la respiración agitada de su oponente.

Michael comenzó a decir al fin:

—Escuche, farsante...

—No me llame farsante, sino Kennedy, «jefe». Aunque supongo que usted habrá adivinado...

—Ha firmado usted su sentencia de muerte, Brian Kennedy.

—Eso ocurrió hace horas y aún estoy vivo. Y pienso tener nietos... Espero que lo haya pensado mejor.

—¿A qué se refiere...?

—A la represalia que pensaba tomar. Como podrá comprobar, «míster Hair» o Paul Stone, como prefiera, ha hablado bastante.

Esperó vanamente que Michael respondiese.

—No ha sido fácil. Es de los duros... Pero yo también soy duro. Ahora ya lo sabe.

—¡Escuche, Kennedy...! —comenzó a gritar Michael.

Pero Brian no se detuvo a escucharle. No le importaba lo que le pudiese decir. Y cortó la comunicación para volver a su automóvil y dirigirse de nuevo al estacionamiento en donde lo había tenido ya anteriormente.

Esperaba que los miembros de la banda estuviesen abandonando el local, para lo que casi no les había dado tiempo aún.

Pero cuando llegó al aparcamiento pudo comprobar que estaban aún en él los mismos automóviles, y que del bar-restaurant no salía nadie.

Miró en dirección a la lavandería de Suzanne Preston. Estaca todo en ella exactamente lo mismo que hacía unos minutos, y no se observaba desde fuera el mínimo vestigio de luz.

Aquello resultó desconcertante para Brian, el cual echó pie a tierra pensando que resultaría sospechoso si se quedaba en el automóvil.

Dio una vuelta, no vio a nadie.

Hacía una temperatura poco agradable, iba poca gente por la calle y los que iban, lo hacían deprisa sin detenerse a mirar.

No había nadie tampoco vigilando en el aparcamiento según pudo apreciar Brian.

Se escondió un momento entre los coches y deshinchó una rueda a cada uno de los dos automóviles conocidos.

Después hizo lo propio con el correspondiente a Virgil Mulvey, dueño del cementerio cuyas tarifas le habían entregado en la funeraria de Michael.

Terminaba su tarea cuando descubrió un leve resplandor en la lavandería. Algo que no había visto antes porque no estaba. Y que indicaba la presencia de gente que no estaba allí con anterioridad.

Aquello significaba que el bar tenía una salida a otra calle y la lavandería algo semejante.

—Aunque lo habrán empleado como entrada —se dijo con expresión humorística.

Los jefes de la organización se habían reunido en lugar privado.

Después de la comunicación telefónica de Brian, no tenían más remedio que tomar decisiones importantes, definitivas.

Abandonó Brian el estacionamiento de forma natural, encaminándose hacia la parte en donde estaban la lavandería y el bar.

Siguió la acera, giró por la esquina más próxima y no tardó en encontrarse en la parte trasera de los edificios.

Dio una pasada sin detenerse, tratando de adivinar cuál de todas aquellas puertas pertenecía al bar y cuál a la lavandería.

Fue calculando, Contando pasos, teniendo en cuenta la forma del bar-restaurant y presumiendo cuál podía ser la de la

lavandería; y tras dar una vuelta completa a la manzana, pudo calcular cuál era la puerta de la lavandería, que era la que en definitiva le interesaba.

No se dio cuenta de que alguien le seguía con tanta cautela como la que él mismo ponía en sus maniobras.

CAPÍTULO XI

Para Brian resultó menos difícil de lo que había imaginado entrar en el vetusto edificio en donde estaba instalada la lavandería.

Y una vez dentro de él, no encontró dificultad alguna para llegar a la sala en donde los jefes de la organización estaban reunidos.

Descubrió la voz de Steve Michael, que decía de manera agitada:

—Hay que destrozar el archivo...

—Se puede sacar —objetó alguien.

—Sé que se puede sacar. Pero si lo encuentran, nuestra condena es segura. Si no lo encuentran carecen de pruebas para meterse con nosotros...

—No puedo imaginar que Kennedy haya recurrido a la policía —opuso alguien—. Eso sería un desastre para los que le pagan y ni su amiguita Janet Hayes se salvaría.

—No conocemos a Kennedy. Él no tiene ningún compromiso con nadie, puede actuar como le plazca mejor y lo hará. En estos momentos podemos estar a punto de ser cercados —señaló Michael.

—Él ha infringido leyes. No puede acudir a la policía —opuso otro.

—La policía cerrará los ojos a las infracciones que él haya podido cometer si le presenta un servicio de la envergadura de éste. Y hasta perdonarán a Janet Hayes, legalizando su situación para que pueda quedarse en los Estados Unidos. ¿O es que no conocemos a la policía? —dijo con energía Michael.

—Creo que debemos destruir el archivo —intervino Suzanne—. Cada cual tiene lo que corresponde a su distrito. Pasado el momento, el archivo que se refiere a nuestros asociados se puede reconstruir... Lo demás, es menos importante.

—Ignoro lo que haya podido decir Stone. Pero está claro que

habrá tenido que conceder algo. Puede que lo aprieten más aún. Debemos darle un margen para que pueda defenderse hablando algo...

Intervino el taxidermista y veterinario, diciendo:

—De acuerdo. Hay que dar margen para que pueda admitir cosas que no nos comprometan si no hay pruebas. Hasta que se le pueda sacar bajo fianza o con permiso definitivo...

Dijo las últimas palabras de manera harto significativa, hasta el punto de que no era necesario estar en el secreto de sus frases clave para comprender que se trataba de suprimirlo.

—Saca el archivo, Suzanne —pidió Michael.

—¿Está aquí? —preguntó un fulano de aspecto insignificante, que había permanecido silencioso hasta el momento, tanto en el restaurante como en la lavandería.

—¿Ahora te enteras? Lo saqué de casa tan pronto supe que lo habían atrapado —informó Michael.

—Hay cosas que no se conciben —censuró el taxidermista.

Suzanne se había puesto en pie y comenzó a caminar en dirección al lugar en donde había escondido el archivo, muy reducido.

Brian se dispuso a sorprender a los reunidos para evitar que pudiesen destrozar lo que podía servir de pruebas contra ellos.

Y en el mismo momento sintió que le apoyaban a la altura de los riñones la boca de fuego de una pistola.

Un hombre amenazó con bronca voz que fue oída por los reunidos:

—Te voy a volar los sesos por entrometido.

Empujó a Brian, que fue desplazado hacia adelante, apartando un pesado cortinaje para quedar a la vista de los reunidos.

Se oyó a continuación el chasquido producido por un golpe, y el hombre que había sorprendido a Brian trastabilló, dejó caer el arma y tras intentar inútilmente rehacerse y mantenerse en pie, cayó al suelo.

Los reunidos quisieron echar mano a sus armas, pero se vieron sorprendidos por la rapidez de Brian, quien había intuido que le llegaban refuerzos y desenfundó su pistola con rapidez.

—¡Quietos! —ordenó.

Tras él se dejó ver a Janet Hayes empuñando un ametrallador.

—Levanten las manos por encima de las cabezas, bien visibles o les riego con balas, sin ningún remordimiento.

Brian, sin distraerse, apartó con el pie el arma que había caído y luego obligó a levantarse al hombre que le había sorprendido.

Por detrás de Janet y Brian apareció la señora Lowe empuñando su escopeta.

La tía de Brian se encargó de Suzanne que había destacado de sus compañeros para ir en busca del archivo; ordenó.

—Saque ese archivo, pero con cuidado de que no le ocurra un accidente; porque el segundo accidente le ocurriría a su piel, que quedaría convertida en una criba.

—¡Esto es un allanamiento de morada! ¡Les pesará lo que están haciendo! —exclamó la dueña de la lavandería.

—Estoy segura de que nos pesaría más no hacerlo. Cierre el pico y obedezca —ordenó la señora Lowe, la cual, con su forma un tanto anticuada de vestir y su escopeta, ofrecía una estampa que tenía lo suyo de estrafalaria.

Brian obligó a caminar al hombre que le había sorprendido y que había sido sorprendido a su vez por Janet y la señora Lowe.

Lo cacheó minuciosamente, despojándolo de un cuchillo y un explosivo plástico dispuesto para ser lanzado.

Una vez desarmado lo empujó de manera poco amable, lanzándolo contra una pared.

—La cara y las manos bien pegadas a la pared. No intentes moverte porque lo sentirás —amenazó Brian.

Había quedado cerca de los reunidos, que se hallaban de pie en torno a una mesa.

Al que más cerca tenía era precisamente a Steve Michael.

Lo atrapó con una mano sin dejar de encañonarlo con la pistola.

—Hola, «jefe».

Lo sacó de su sitio sin gran esfuerzo, zarandeándolo para que no se le pudiese revolver.

Y lo lanzó fuertemente contra la pared.

—Ahí pegadito y quieto. Abre bien las piernas.

Intentó rebelarse y recibió un golpe en la cabeza, produciéndole un corte en el cuero cabelludo.

—No pienses que voy a tener contemplaciones ni contigo ni con nadie. Vi asesinar a mi amigo Wolf. Llegué junto a Amy Keller

cuando su cuerpo estaba todavía caliente.

Lo despojó de las armas, en su caso una pistola con silenciador y otra más pequeña, sin silenciador.

Cuidando de no interponerse entre el ametrallador de Janet y los individuos que se hallaban, aún en torno a la mesa, armados, los fue sacando de uno en uno desarmándolos y colocándolos luego en la misma posición que a Michael.

La señora Lowe se había, acercado a Suzanne, por su espalda, aunque manteniéndose a una distancia conveniente, obligándola a sacar el archivo de la caja fuerte en donde había sido guardado.

Cuando Suzanne abrió la caja, la señora Lowe, bien situada a sus espaldas, le advirtió:

—No intentes tocar el arma que tienes ahí. Sería tu última tontería.

La dueña de la lavandería comprendió que no tenía solución y se sometió, sacando lo que se le pedía.

—Aquí lo tiene.

—De acuerdo. Déjalo en el suelo y ve a reunirte con los otros.

La tía se dirigió al sobrino, diciendo:

—Hazte cargo de ella, Brian. No parece que lleve armas. Sin embargo no debes confiarte.

Suzanne llevaba una pistola de calibre pequeño, pero suficiente para matar a un ser humano, en una funda disimulada en un pliegue de su falda.

—Vaya. La chica nos ha salido pistolera también —comentó con caustica expresión Brian.

Desarmados todos, quedaron bajo las armas que esgrimían Janet y la, señora Lowe, la cual cuidaba a su Tez de la entrada, aunque habían cerrado por dentro.

Brian preguntó a Janet:

—¿De dónde has sacado el ametrallador?

—Lo llevaba uno de los individuos que te seguían. Lo pudimos sorprender sin ruido, y como me gustó el arma, me la quedé.

—¿Y él?

—Quedó fuera, bien dormido. Tiene para rato.

—No se debe confiar. Hay fulano de estos que tiene la cabeza dura.

Salió Brian y apareció a poco con el hombro, el cual estaba

aturdido aún.

—Estaba intentando levantarse ya —informó el joven para que Janet comprendiese que no se debían confiar nunca.

Pasó a la caja fuerte a examinar su contenido.

A poco de estar registrando, silbó admirativamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Janet.

—Parece que no se dedicaban únicamente al contrabando humano...

—¿Drogas? —preguntó Janet.

—Sí. Un buen depósito. No me extrañaría que valiese más de doscientos mil dólares.

—Doscientos cincuenta mil exactamente —informó Suzanne—. Eso se puede transformar en más del doble. Se le podría sacar hasta unos seiscientos mil, después de dar las comisiones a los que se encargan de repartirlo.

—¿Estás tentándonos, Suzanne? —preguntó Brian en tonillo burlón.

—Creo que para quien no tiene en donde caerse muerto, no está mal. Seiscientos mil pavos. ¿Tienes idea de lo que es?

—Realmente, no. Pero tampoco tengo interés en saberlo, si es por ese sucio camino.

—¡Muy bien contestado! —chilló la señora Lowe—. ¿Qué se habrá creído esa hampona presumida? Además para el día que te cases no tengo seiscientos mil dólares para ti, Brian. Pero tengo doscientos mil, que es algo para empezar.

—No me dé otra noticia de esa clase, porque se me va a escapar la pistola de la emoción y éstos se podrían aprovechar.

—¿Para qué está mi escopeta, hijo? No tenía más que dieciocho años y una noche el mismísimo Al Capone oyó silbar el plomo caliente que escupió ésta. Con todo lo valiente que era, no se paró a averiguar nada, sino que corrió a todo meter.

Rió Brian de buena gana, habituado como estaba a las fantasías de su tía, aunque algunas de ellas tenían un fondo real.

—Bueno, Brian, eres un incrédulo. Si no fue el mismísimo Al Capone puede que fuese «Sonrisa Helada» o Frank Costello.

—Es posible que fuese Jess James —respondió Suzanne—. La vieja tiene años para eso y para más.

—Tú lo puedes saber mejor que yo, porque venimos a ser de la

misma época, año arriba o abajo. Únicamente que yo no me escondo debajo de una capa de desvergüenza y sucia pintura, como tú.

Volvió a reír Brian de buena gana mientras, Suzanne denostaba contra la vieja y ésta le amenazaba con ponerle la piel como un colador.

—No te molestes, tía. Ella tiene la piel plastificada, a prueba del plomo de tu escopeta.

—Podemos darte hasta un millón de dólares, jovenzuelo —ofreció Suzanne sin que ninguno de sus compinches la contradijera.

—Supongo que podréis ofrecerme bastante más; pero es inútil. No me interesa el dinero mal ganado.

—Vas a fracasar, muchacho. Tenemos buenos abogados, las cosas no son tan graves como supones y antes de seis meses estaremos en la calle. ¿Y qué va suceder entonces? Habrá quien no podrá vivir tranquila.

Iba a intervenir Brian, pero se adelantó a hacerlo la señora Lowe, la cual le golpeó en una pierna con la culata de la escopeta.

—¿Aún te atreves a amenazar? Ten cuidado, reptil, porque si me enfado no lo vas a pasar nada bien.

Suzanne se dejó caer en el suelo, aullando de dolor, diciendo insultos contra la señora Lowe, que le volvió a golpear.

—Vamos, cierra el pico, reptil. Hay que saber perder.

Brian marcó el número de jefatura que le había dado el teniente Bates y preguntó por él.

—Termina de llegar.

—Por favor, que se ponga cuanto antes. De parte de Brian Kennedy.

La señora Lowe comenzó a reprochar a los *gangsters*.

—Parece mentira. Personas bien situadas, con negocios prósperos, hasta con carrera... Y meterse en estos sucios asuntos. ¿Qué dejan para los que no tienen riada?

Michael respondió con cínica expresión:

—Ésos no tienen clase para montar un «negocio» de esta clase. ¿Cree que es fácil, vieja?

—Puede que no lo sea; pero tan poco va a ser fácil que salgáis tan pronto como dice vuestra socia. Por buenos abogados que tengáis, aunque os gastéis toda la pasta. ¿Y para quien habréis

trabajado? ¡Para los abogados! Que es como decir para el diablo — añadió con expresión despectiva.

Brian reclamó silencio a su tía. Bates había tomado al aparato telefónico y le preguntaba en aquel momento.

—¿Qué sucede, Kennedy?

—Tengo un buen negocio, teniente. Se trata de una partida de heroína que vale unos doscientos cincuenta mil dólares, y a la cual le podemos sacar seiscientos mil, según me informan.

—¿Qué está diciendo, Kennedy?

—En realidad, teniente, esa partida nos la regalan a cambio de su libertad. Yo he dicho que no. No quiero ser rico.

—Yo tampoco. ¿En dónde está?

—Muy cerca, teniente. En Chinatown. Aparte la heroína, tengo un fichero muy interesante, juntó con un magnífico archivo... Y unas cuantas personas «honorables» de cara a la pared, con las manos en alto... Están desarmadas ya, pero debe darse prisa. Ellos son doce mientras yo estoy solo.

Le dio la dirección de la lavandería de Suzanne.

—¡Voy enseguida, Kennedy! Estoy seguro de que es capaz de mantenerlos a raya hasta que yo llegue. Quien los dominó, ya se sabe...

—No esté tan seguro, teniente. Es más difícil mantenerse que llegar...

Aún no estaba cortada la comunicación cuando Brian hizo una seña a su tía.

—Salgan y no pierdan tiempo. Ya saben en dónde tienen que esperar mis noticias. Cuando vuelvas a los Estados Unidos serás ya mi esposa, querida —dijo dirigiéndose a la atractiva pelirroja.

Comprendieron las dos mujeres.

Janet entregó el ametrallador a Brian.

—Vamos cuanto antes, tía. No quiero que esta gentuza pueda reír a mi costa.

—Tienes razón, hija. No debemos proporcionarles ni la más mínima satisfacción —respondió la señora Lowe, rebosante de satisfacción al oír que Janet la llamaba ya considerándose de la familia.

La tía de Brian pasó un brazo con ademán protector por los hombros de la joven.

—Vais a hacer una estupenda pareja, muchachos.

Salieron la señora Lowe y Janet.

Y muy pocos minutos después era el teniente Bates quien entraba, acompañado por un representante del fiscal y varios policías.

Michael, tan pronto consideró que estaba protegido por la presencia de los representantes de la ley, abandonó su postura y acusó a Brian, diciendo:

—¡Ha dejado escapar a una chica que estaba clandestinamente en...!

Brian atacó sin vacilar, asestándole un duro y seco puñetazo en la barbilla.

Se estremeció el dueño de la itineraria al impacto, y cayó como fulminado.

—No puede hacer eso, Kennedy —censuró el representante del fiscal, le doy la razón.

Rápidamente Brian fue haciendo avanzar a los detenidos, haciendo la presentación de los que conocía a medida que los iba entregando.

Cuando llegó el turno a Henry Newman, presentó el joven:

—El señor Henry Newman, aparte doctor en veterinaria, es taxidermista. Tiene expuestos en su establecimiento trabajos muy notables.

—Parece que el estado mayor de la organización radica en ese edificio —comentó el de fiscalía.

—Exactamente. Aún les falta conocer a uno de sus más importantes miembros: Paul Stone el cual posee dos peluquerías: Una de señoras y otra de caballeros. Esta última fue puesta para justificar mejor ciertas visitas de sus agentes.

Newman escuchó con calma, diciendo tras su presentación, cuando Kennedy hubo dejado de hablar:

—Tengo derecho a nombrar un abogado. Si me permiten telefonearé desde aquí mismo y ganaremos tiempo.

—¿Por qué no? Puede hacerlo —dijo Bates—. Dígame quién es y le llamaré yo. No se preocupe: permitiré que hable con él. Pero no me obligue a cortar la comunicación.

—Descuide. Se trata del señor Nelson Mossley —anunció con énfasis.

Newman sabía que el nombre del abogado e influyente político del partido en la oposición entonces, pesaría entre sus aprehensores.

Antes de que se llevaran a los detenidos, dijo Brian al ayudante del fiscal y a Bates:

—Antes de salir deben aclarar un punto. Se trata de saber a dónde han llevado los cadáveres de Peter Stone y dos pandilleros. A Stone lo mató un pandillero por error. A los otros dos los maté yo. Defensa propia.

Steve Michael, vuelto en sí, dijo:

—Los habrán llevado ya al cementerio de Virgil Mulvey, cerca de South Hampton.

Iba a preguntar Bates la localización, pero se adelantó Brian a decir:

—Conozco dónde está. Y. hasta tengo las tarifas que rigen en él.

Llevaron los detenidos al cuartel de la policía en donde un equipo se encargó de los interrogatorios e identificaciones en presencia del abogado Nelson Mossley, que se hizo cargo de la defensa de todo el grupo.

Cuando Kennedy y Bates salieron de jefatura para ir al cementerio de Mulvey, dijo Bates:

—Este Nelson Mossley nos fastidiará. Aparte su capacidad y su audacia para organizar la defensa, deberemos contar con su influencia.

—No se preocupe. Amontonaremos pruebas... Y en mí va a tener un testigo que le dará trabajo. Intentaré, y espero conseguir, ponerlo en ridículo. No vacilaré en acusarlo de cómplice de esos granujas.

—Cuidado, Kennedy. Podría perseguirle por difamación.

—No se preocupe. Sabré hacerlo. ¿Qué le parece si fuésemos a recoger un certificado a mi nombre? Se han precipitado los acontecimientos y no puedo esperar su marcha natural. No lo tendría hasta el lunes.

—¿Está relacionado con el caso?

—Íntimamente. Es lo que buscaban los asesinos cuando atacaron a Wolf.

Gracias a la gestión de Bates como policía, pudieron tener el certificado con más de treinta y seis horas de antelación.

Kennedy abrió el sobre. Cuando apenas si había iniciado la

lectura del contenido, silbó con expresión admirativa y tendió una de las hojas a Bates.

—Tome, entérese.

Silbó Bates también para mostrar su asombro. Y exclamó a media voz:

—¡Nelson Mossley, jefe de la organización!

—Eso dice. Y aporta pruebas. Pero aquí hay más. Esta noche habrá desembarco de «contrabando humano», precisamente por la parte correspondiente al cementerio de Mulvey.

—¡Vamos allá! Pero antes me pondré en contacto con el *sheriff* de aquel condado.

—Mossley no tendrá fuerza moral ya para defenderlos. ¿No es estupendo? —preguntó Kennedy.

—Es lo mejor que podía suceder. Confieso que le tenía un poco de miedo, no solamente por mí, sino por usted, que ha pegado duro, muy duro.

—¿Merecían otra cosa?

—Como ha dicho el representante del fiscal, como hombre puedo decir que no merecían nada mejor.

Emprendieron velozmente la marcha en dirección a Southampton.

De acuerdo con el *sheriff* del condado, auxiliados por la policía local, sorprendieron a los miembros de la banda encargados del desembarco clandestino de inmigrantes, siendo capturada también la embarcación que los llevaba.

Con ello cayeron las fuerzas de acción de la peligrosa organización a la que se impuso la policía sin necesidad de disparar un solo tiro, valiéndose de la más estricta sorpresa.

De regreso a jefatura, comprobadas las pruebas contra Mossley, se le comunicó su detención.

Era el final de la primera fase de la operación.

Habían caído todos los datos útiles a que podía aspirar la policía, la cual se puso en contacto con agrupaciones similares de los puntos del extranjero en donde la organización tenía sus centros de reclutamiento.

Quedó demostrado que los inmigrantes eran engañados, y que creían que su entrada era legal. Y no se enteraban del engaño, hasta el momento de entrar en los Estados Unidos, y esto, no siempre.

Ello hizo que las autoridades de inmigración fuesen benévolas con los clandestinos inmigrantes, a los que, de los fondos de la organización, se les indemnizó de lo que habían pagado por entrar en los Estados Unidos.

En cuanto a Janet, convertida en esposa de Brian Kennedy, pudo entrar pronto con todos los honores.

Y aparte de esposa, se convirtió en la modelo única de Brian.

La ley cayó con todo su peso sobre los culpables, que salieron bastante peor de lo que habían creído.

Pese a la habilidad de Nelson Mossley.

Y gracias al empuje y agresiva ironía de Brian, que destrozó dialécticamente al culpable abogado.

FIN



Alfonso Arizmendi Regaldie (San Cristóbal de la Laguna, Islas Canarias, España, 1911 - Valencia, España 2004), más conocido por el seudónimo Alf Regaldie formado con la abreviatura de su nombre y con su segundo apellido, de origen francés, aunque también utilizó el de Carlos de Monterroble.

Aunque nació en la localidad canaria de San Cristóbal de la Laguna, durante la mayor parte de su vida residió en Valencia, por lo que se le puede considerar con toda justicia miembro de pleno derecho de la escuela de ciencia-ficción valenciana.

Al igual que ocurrió con otros muchos contemporáneos suyos, tuvo la desgracia de verse atrapado en la vorágine de la Guerra Civil española, participando como combatiente en el bando republicano, lo que le acarreó, como es fácil suponer, serias dificultades una vez acabada la contienda, llegando a estar encarcelado por ello durante siete años.